



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 7 Agosto 1913.-Número 32.

REDACCION:
Alcalá, 18
MADRID

Vicente Moreno Blanco

Ha muerto.

¿Qué fue? Uno de esos hombres del que era imposible saber la cualidad distintiva: si la honradez, la convicción ó el carácter, pues todas las tenía en alto grado y equilibradas.

Cuantos elogios pudieran hacerse de él, van en este párrafo: «Era escribano de actuaciones en Peñaranda de Bracamonte, y á pesar de ser republicano militante y librepensador convencido, no hubo un juez, ni aun el más clerical, que no lo estimase y respetara.»

Como republicano, jamás se negó á hacer un sacrificio; como librepensador, nunca tuvo la menor flaqueza.

En Peñaranda lo querían todos; los amigos como los adversarios. Nunca hizo mal á nadie, y realizó el bien que pudo.

Su desinterés era proverbial y su generosidad de todos conocida: hubiese dejado una fortuna únicamente con haber pensado un poco más en sí propio y un poco menos en los demás.

Era, en fin, uno de esos hombres que son hoy más necesarios que nunca en nuestro partido, para que los ánimos no se abatan y las esperanzas no se pierdan.

Cada vez que á Madrid venía en invierno, de paso para un clima templado, pues se hallaba tuberculoso desde hacía muchos años, nos veíamos; y cada vez que lo veía, encontrábalo más firme, más entero espiritualmente: su enfermedad sólo abatía su cuerpo; y no mucho tampoco.

La última vez que lo vi, hablaba de su muerte cercana con la tranquilidad del hombre de vida honrada. Me dijo que hace seis años compró en el Cementerio civil el terreno necesario para la sepultura de él y de su esposa, que tenía ya el panteón construido, y que había otorgado testamento expresando claramente su última voluntad.

Pues bien; á la puerta de la casa de ese hombre justo, que todos sabían cómo pensaba, y que jamás tuvo una vacilación en sus convicciones, y menos una debilidad, llamó á las ocho y media de la noche del domingo 27 de Julio, el vicario de aquella villa, D. Alejandro Gorjon, acompañado del ecónomo, por haberse enterado de que se hallaba en inminente peligro de muerte.

Su señora estaba sola. Acababan de salir, para volver en breve, D. Luis de Dios, médico de Moreno y su albacea, y don Marcos Sánchez, que desde la agravación de la enfermedad estaban de guardia allí.

¿Qué mejor ocasión para alistar la morada?

Llamó el vicario, como digo, y la señora, al enterarse de quién era, no solamente no abrió la puerta, sino que, con la indignación natural en quien vió el insulto que se infería á su esposo al suponer siquiera que pudiese en aquel trance supremo abjurar de sus creencias, le increpó enérgicamente y lo despidió con la dureza que merecía; acto que corona la vida de doña Daniela Escalada, que así se llama, consagrada toda entera á derramar cariño, abnegación y ternura sobre aquel hombre excepcional que tanto la quería, y que seguramente habría muerto de ira y de asco si ve aparecer en el dintel de su alcoba aquellas dos sombras fatídicas.

El acto de ese vicario no tuvo disculpa; hasta los mismos clericales de Peñaranda lo reprobaron.

¿Que su deber es acarrear almas al cielo? Tal vez él así lo crea. Pero ¿de dónde saca que puede cazarlas á tenazón ni arrancarlas de los cuerpos por el procedimiento del atraco? Por otra parte ¿qué se propuso al dar el paso aquél? No pudo ser más que el de ir al escándalo. Harto sabía, como todo el mundo en Peñaranda, que Vicente Moreno no iba á enlodar una vida ejemplar en todos sentidos, recibiendo á última hora los sacramentos de la Iglesia católica. Y no quiero suponer que el vicario fuera á verlo con el exclusivo propósito de salir luego diciendo que Moreno se habla reconciliado, porque tal suposición podría ofenderle. La palabra felonía hubiera sido suave para calificar ese acto.

Hay que insistir en esto:

¿A qué fue allí el vicario?

¿Fue á ver si evitaba que aquel modelo de austeridad diese á sus vecinos el ejemplo de morir fuera del catolicismo, tan digno y tan honrado como vivió?

¿Fue á ver si impedía que la entrada de su cadáver en el cementerio civil santificase aquel lugar y arrastrase mañana á otros cadáveres de hombres honrados?

¿Fue á notificar á su esposa la guerra y maldición de la Iglesia si no hacía entrega del moribundo?

¿O es que pensó acaso que la Iglesia necesita llevar á sus cementerios los restos de hombres de la grandeza moral de Vicente Moreno, para honrar los de tantos hipócritas, explotadores y malvados como se entierran en ellos?

No lo sé. Mas fueran cuales fueren sus propósitos, es vituperable tanta osadía; es merecedor de estigma hasta el intento de semejante atropello.

El cadáver de Vicente Moreno Blanco fué al Cementerio civil acompañado de numeroso cortejo, llorado por todos, bendecido por muchos, cual merecía por sus virtudes cívicas; virtudes que el tiempo avalorará más aun, y que obligarán á echarse la mano al sombrero á todos los que le conocieron cuando pasen frente al cementerio donde sus restos reposan; lo que no harán al desfilarse ante el católico, donde se almacenan los restos de todos los que no practicaron el bien ni buscaron la justicia, pero que rezaron después de hacer el mal y confesaron que hablan robado minutos antes de perder la esperanza de reincidir.

Y habiéndome honrado al dedicarle estos renglones al amigo que tanto quise, sólo me resta decir:

A Vicente:—¡Hasta nunca!

A su esposa:—¡Enorgullecáse usted cada día más de ser la viuda de ese hombre!

A sus amigos:—¡Limitadle en todo!

A sus convecinos:—¡Venerad su memoria!

JOSE NAKENS

Cuestión de palabras Y sólo de palabras

Querido amigo Pey Ordeix:

Ante todo, gracias mil por su reseña sobre mi pobre librito; le ha salido á usted tan perfecta obra de crítico sereno y levantado, que, aun no estando conforme con los elogios y echando de menos la apreciación de algunos defectillos de mis *Sotanas*, que usted ha omitido, la encuentro admirable como seguramente habrá sucedido á cuantos la leyeron. ¡Dichoso libro que la ha motivado, ya que no merecido!

No, ni la obrilla por sí misma, ni el autor, podían constituir á usted, ni á otro alguno entre los nuestros, en ese «deber ó doble deuda de amistad y de correspondencia»: á mí no me deben cosa alguna mis amigos, acaso el deudor insolvente sea yo; de ahí que tanto más le agradezca su delicado obsequio, y... no se hable más de ello.

Lo que me interesa es que usted crea haber recibido en mi libro, *gran bollo* y *mayor coscorrón*, porque escribí en las emblemas del P. Fita: «Tantos volúmenes de Fita... aplastados bajo el peso de uno solo de Pey Ordeix, *clérigo casado por lo civil*». Pues en Dios y en mi ánima que ni bollo ni coscorrón para usted, ni mortificación para el P. Fita quise poner ahí; no era procedente, ni para mí ventajoso

Mi intención era esta: acusar una antitesia, un contraste, doloroso, no para Fita, para la Compañía de Jesús, que, aplastada por un siglo, no sintiera tanto el golpe; por un fraile ó un clérigo secular, sí, y mucho; pero siendo este clérigo racionalista, rebelde, á la moderna hasta el punto de casarse, su victoria sobre el jesuitismo reviste caracteres de gravedad ante el mundo, que nadie seguramente desconocerá.

Ya les venía escociendo lo indecible, me consta, la labor de usted. Miedo sintieron desde la aparición de la *Crisis*, que obra de usted creían; miedo, ante el libro de Serret; horrible temor, al anuncio de sus descubrimientos descuajantes sobre San Ignacio, que hoy el rebajado y estólido mundo liberal español no comprende y por eso no los aprecia ni les presta la importancia enormísima que tienen y el bien que pueden hacer, el que sin duda harán, mientras la Compañía, quiero decir, sus directores, esos sí que se dan cuenta exacta del peligro; harto lo prueba cuanto han laborado contra la *Historia interna* escrita por el P. Mir.

Por lo mismo que en la sociedad clerical el *non plus ultra* de la emancipación consiste, mas que en la herejía misma, en casarse un eclesiástico á la luz del sol, puesto que herejes todos los curas lo somos y eso atañe á lo interno, mientras que casados ni aun querían serlo, (yo tampoco, vea usted), y esto reza ¡con *las formas*!, último asidero del catolicismo, ya muerto en la conciencia de la humanidad culta, se considera al clérigo casado el enemigo más climatérico; y verse vencida y descubierta en toda su desnudez, nada menos que la ¡incólita, la incomparable Compañía de Jesús! por un cura de esa condición, ha de amargarle más que si la derrotaran dominicos, agustinos y escolapios ortodoxos.

¿Me equivoco? Pudiera ser, que nada tengo de infalible; mas lo que importa que conste es mi intención. Y no pasó de ahí, créame, querido D. Segis: no podía pasar; ¿por qué, ni para qué? Ya usted me conoce, igualmente media España, y sabe cuánto he huido siempre de molestar á mis amigos, sobre todo si militan á mi lado, en nuestro campo. A la postre, mortificándolos poco ó mucho, sería yo quien perdiera en pública estimación y en otras varias cosas.

La mención del estado clerical de usted! Nunca imaginé que le pudiera lastimar. Claro que todos sentimos haber sido engañados por la teocracia; deploramos, perdidos en creencias vanas, malgastadas las fuerzas de nuestros más floridos años en atiborrarnos de falsa ciencia llamada teología, y en cumplir deberes onerosos, en lo litúrgico muy extraños; vestida nuestra persona con enaguas blancas y con la feísima dalmática ó con la casulla; dando bendiciones, trazando cruces ú otros signos en el aire como los nigrománticos, batiendo sobre las aras el incensario, llevando por las calles una

librea, que juzgábamos en nuestra simplicidad honrosa, y á los chiquillos, al pueblo, más sensato que nuestros padres y que nosotros, les hacía exclamar: ¡ahí va ese cuervo!

Un sentimiento de dignidad ofendida, el rubor iracundo de la buena fe engañada, álzase á veces en nosotros para protestar, como en el que fué víctima de un robo alevoso. Todo esto es evidente; pero no hay que exagerar las cosas, querido, puesto que ese engaño, magistralmente descrito por usted en varios artículos, á nadie deshonra más que á sus autores, nunca á las víctimas.

Lo fuimos de toda una serie de siglos, actuando con su brutal empuje sobre nuestras familias, nuestros maestros y nuestros cerebros. ¿Qué edad teníamos? La de la bibería, en la que lo milagroso es no ser engañado por quien quiera. Unos, lo son por la gente religiosa; otros, por la política, por las mujeres, ó por la sociedad en que viven. Alze el dedo el que no ha sido sorprendido trascendentalmente por alguien una vez al menos en la vida.

Por eso tal debilidad, tan natural como inevitable, á ninguno desdora, ni aún la nota de tonto implica ¡ya lo creí!; pero ¡feliz tontuna la de la fe, aunque errónea, en un ideal tenido por noble y grande! Más bochornoso es entrar en el clero ó donde fuere, sin fe y por cálculo mercantil, lo que ni de usted ni de mí podrá afirmar nadie.

Al ingresar y al vivir de buena fe en el cleriguicio, obramos como buenos; al revelarnos contra él, ya despiertos, también; quede el torcedor para los que despertaron y, ó no tuvieron valor, (no hablo de los que carecen de medios, á esos usted mismo les aconseja continuar) ó les faltó honradez, si les asistían recursos, y se quedaron, teniéndose que decir á sí mismos en coloquio con su conciencia: ¡Somos unos farsantes!

¡Pero nosotros! ¿Hay nada más honrado que vivir al unísono de la convicción presente que nos llena? Eso es lo que mortifica á la teocracia, eso; y el que nuestra vida sea honrada y pura, de la que no puedan tomar razón para decir: «Vedlos; desde que nos dejaron se han envilecido en el vicio, demuestran la excelencia de nuestro gremio, del que emigraron porque dentro no podían satisfacer sus malas pasiones.»

He ahí la causa de que yo no tenga empacho en recordar que fui ordenado de presbítero, y lo consigne en mis tarjetas y á veces bajo la firma de mis artículos. Después de todo, lo sabe el mundo y no ha de olvidarlo porque yo lo calle; es un hecho consumado, como el del bautismo, y lo hecho puede más que Dios: inútil intentar robarle fuerza; á lo hecho, pecho.

Más digo: á usted, como á Fray Gerundio, á Martinón, al P. Jacinto, á tantos otros, lo que nos da autoridad, valor y eficacia de nuestra labor anticlerical es

cabalmente haber ejercido el sacerdocio, porque el argumento va siempre hacia: Cuando éstos hablan así de la Iglesia, conociéndola por haberla vivido... etc.

Y así, con el vocablo *presbítero* ó *clérigo*, causamos en el campo enemigo más daño, como lo demuestra el hecho constante de que con los escritores anticlericales del estado seglar, los neos no temen, hasta procuran contender; sus golpes les harán poca pupa: mas ¿con nosotros?... ¡Guarda! ¡Qué poco responden á los ataques tremendos, á los retos desafiados de usted, de Fray Gerundio, de Martinón y míos! Con eso evidencian que, por ser lo que somos y venir de donde venimos, estamos en lo firme: no se puede con nosotros; se recurre al silencio afectando desprecio; pero la gente se percata muy pronto de la razón, que no hay manera de refutarlos.

El insulto clerical de la España nea sobre el purísimo hogar de usted vale tanto como el ladrar del perro á la luna, y más debiera divertirle que apenarle; significa el pataleo del vencido, vencido por usted; así lo estima toda la España racional, la misma que á Martinón, que no se casó, porque igualmente que yo, no tenía vocación de casado, ni opinaba quizá por el matrimonio en general, le aprobó el que se hiciera enterrar civilmente con la sotana; la sotana que usted le regaló á Prat y dice que él la honró llevándola al cementerio civil. Antes usted la había honrado luciendo por las calles; que el honor va con la persona más que con la ropa y con los títulos ó las profesiones.

Por algo le daría usted á Prat esa prenda; si denigrara tanto su mismo recuerdo, no la habría regalado á un amigo querido; le hubiera excitado á no ponerse jamás á quella ni otra.

Yo conservo limpiita la mía, por si pudiera en vida servirme para lastimar al clericalismo usándola con oportunidad, y seguramente, ya muerto, como buena mortaja en un cementerio civil. Otras cosas, querido amigo, debieran preocuparnos, no esas pequeñeces... no la ilusión de que el mundo olvidará lo que no podemos evitar que sucediera y no nos rebaja ante él, ni ante nosotros mismos; como quiera, no le recordaré... eso.

Siempre suyo, admirador y agradecido entrañable amigo y colega

JOSE FERRANDIZ
Presbítero

Gracias, y... ¡á ellos!

Querido Pepe:

Holgarme debiera de haberle dado pie para el magnífico estudio que he hecho sobre una cuestión pequeña en su vértice y grande en la base que le ha puesto.

El enemigo reclama nuestro tiempo para empeños más generales. Así que, después de este cumplimiento, tócame solamente agradecerle el propósito de no volverme á vestir ese sanbenito que favorece á la persona ó la desfavorece, según el cuadro en que se halle.

Yo aplaudo á los que no dejan la sotana ni á tiros. Conozco la fascinación que ejerce en el público español; no ignoro el pavor que causa á la iglesia ver á un clérigo de uniforme, combatiéndola desde la trincheira enemiga...

En el señalamiento de estos y de los otros hechos, tiene usted perfecta razón.

Pero la vida social española no se compone de solo esos hechos.

Hay otros no menos considerables.

Uno de los actos más bravos de mi rebeldía—usted lo reconoce—es mi casamiento civil y mi reto al Estado católico á ultrajarlo. En esta jornada sé perfectamente lo que voy á perder yo y lo que va á perder el Estado. Los enojos que puede despertar el fallo del Tribunal Supremo si lo da á gusto del Vaticano, pueden ser muy distintos de los que el tribunal imagine; porque la vida social es muy complicada, y tal puede ocurrir, que siendo la herida en el dedo del pié, el tumor estalle en la médula espinal.

Dígole esto, amigo Pepe, porque veo que mi *acto personal* es además un hecho social, que me obliga á considerarlo en su doble carácter y á revestirlo de su doble respeto.

Con ese acto, adquirí los deberes de esposo y de padre, asumiendo la responsabilidad del honor de mi esposa y de mi hija.

Ese honor, amigo Pepe, no es nada sustancial objetivo; todo él es relativo.

La madre del Papa y la emperatriz de Rusia pudieron haber sido hijas del capitán Sánchez; María Luisa es moralmente tan honrada como ellas y como la abadesa mitrada de las Huelgas. Sin embargo... pregúnteselo á ella. Si es cierto que el nacimiento y violaciones sufridas de su padre, no pueden deshonrarla, es también cierto que el mundo no está á estas alturas de razonabilidad moral.

Y por causa de este hecho social, en mi hogar hay una palabra vitanda, ofensiva para los oídos de mi esposa y de mi hija. De su peso se cae y no hay para qué especificarlo más. Para ellas y para mí, el haber sido hijo de la Madre Iglesia, no será menos molesto que para el hogar de María Luisa, si llega á crear hogar, el recuerdo de su padre.

Es un hecho irremediable. Podrá ser irracional... pero es un hecho.

Este hecho, me obliga á defender los oídos castos de mi esposa é hijos de esa palabra impúdica. Solamente así puedo demostrar mi capacidad para las funciones de padre y de esposo; solamente así mi matrimonio puede ser digno y cabal.

Ya se cuidarán los enemigos de mantener el recuerdo: usted puede notarlo en la prensa clerical. Que el enemigo utilice esta posición de impunidad legal para ultrajarlas á ellas con el fin de que el ultraje me dañe á mí, será cosa muy soez y villana, pero al cabo y al fin, propia del enemigo.

Este recuerdo insolente, me establece con la Madre Iglesia, juramento de odio eterno entre ella y yo, entre su descendencia y la mía. De esos insultos al Padre Jacinto, ha nacido su hijo Pablo, que tanto dará qué hacer al Papado.

Puesto que, como usted dice, nadie olvidará este recuerdo, por eso no hace falta reproducirlo. Por lo mismo que el enemigo tiene interés en mantenerlo, regla elemental de guerra es llevarle la contraria.

Por lo que hace á la eficacia de mi la-

bor, á juicio de los demás no sé en donde colocarán esta eficacia: de mí sé decir que la cifro, no en lo que fui y dejé de ser, sino en lo que soy y pienso ser: no en el título de la ante-firma, sino en la firma: no en el uniforme del que obra, sino en la energía de los hechos, en la consistencia de los argumentos, en la fuerza del ataque, y en lo irrefutable del ímpetu, más que en el artificio de la táctica.

Yo desearía que este modo de ser, de pensar y de obrar, le parecieran á usted perfectos, para poderle felicitar á usted diciéndole:

—Esa perfección es del mejor amigo de usted.

Y ahora, vengan esos cinco, y ¡á ellos!

Si quiere usted materia de estudio, ayúdeme á resolver el problema siguiente en cuyo análisis ando engolfado estos días. Véalo usted...

¿Fue Ignacio de Loyola un espía de los franceses contra los españoles, en su época de 1535 á 1545?

Fundamentos de mi sospecha. El jesuita Diego Cáceres, lo era, al servicio de Francisco I, con sueldo fijo. El jesuita Postel iba con la Embajada francesa de Constantinopla. El jesuita Nadal, fué preso en Perpiñán como sospechoso de espionaje. Francisco I andaba en tratos contra los españoles, con Soliman y Barbarroja. Agente de espionaje de Barbarroja y Francisco I era Antonio del Rincón, cazado por el marqués del Vasto, y asesinado, y su asesinato causa de la guerra entre España y Francia. Los jesuitas de París se esparcen por Europa al tener noticia de que el ejército español invadía la Francia y rehuyen el encuentro con nuestras tropas, á pesar de ser españoles. En sus viajes llevan *pases* del Rey de Francia, y aún el confesor de la reina costea sus expediciones. Ignacio cruza nuestra península y se hace á la mar, estando el Mediterráneo en poder de Barbarroja.

En su familia, abundaban los *vedadores* de ejército: un pariente suyo llevó al poco tiempo el título de *Esplá mayor del reino*. Rincón, el famoso agente de Barbarroja, era pariente ó poco menos de Ignacio...

¿No le parecen estos hechos, fundamento bastante para formular esta pregunta: la Compañía de Jesús era, ó no, una agencia de espionaje dirigida por Ignacio? ¿Estaba de acuerdo con Rincón y con Barbarroja? ¿Dónde están sus cartas de esta época? ¿Le sacamos del catálogo de los *Beatos* del tiempo para dedicarle un capítulo en el libro *Les grands Espions*? Traslade el problema á los escritores militares. Vale la pena para ellos... y para nosotros.

P. O.

Insistiendo

Dominamos. 400 kilómetros

Los diarios de Melilla arremeten contra mí por haber dicho que sólo dominamos efectivamente en Quelaya, Quebdana y kábilas limítrofes, unos 400 kilómetros cuadrados. ¡Esta me dicen que yo no sé Geografía y que allí he estado ¡¡¡sete días!!!...

Por nada me ofendo. Tengo por máxima: «Pega, pero escucha». Y yo ruego á mis lectores que escuchen.

Repito que ni aun los 400 kilómetros cuadrados dominamos. Dominar un país es tenerlo sometido, y sometidos no hay ni aun los 400 kilómetros. País sometido es aquel donde se puede caminar sin escolta, donde se puede vivir sin la protección de un destacamento, donde se puede cultivar la tierra, donde se pueden instalar industrias. Y eso no se puede hacer en la zona de Melilla, y no se hace.

Dominada, por ejemplo, está la Chaouia, en la zona francesa. Allí hay ya docenas de explotaciones agrícolas bajo el amparo de unos cen enares de soldados para toda la extensión del enorme territorio. Eso es dominar un país; poder recorrerlo y explotarlo con seguridad personal.

La zona de Melilla está ocupada; pero tener ocupada una zona no es tenerla dominada. Ciertamente que la ocupación, ó mejor dicho, el ESTADO DE PAZ, llega hasta el Muluya; pero eso no es dominar un país. Prueba de ello es que para aventurarse en los límites extremos hay que ir con fuertes escoltas; que no hay ninguna explotación agrícola seria; que ningún hombre civil se arriesga á vivir en el campo ni aun en los 400 kilómetros cuadrados á que aludo; que allí se está en continuo ¡quién vive! y en perpetua alerta; que quien se descuida, pierde la cabeza.

He dicho, digo, diré y repito que sólo DOMINAMOS en escasos 400 kilómetros cuadrados, y que decir lo contrario es música celestial.

* *

También insisto en que en Melilla no se ha hecho nada que represente progreso. El único progreso ha sido hacer casas en terrenos del Estado, regalados ó vendidos casi regalados, para ROBAR—no retiro la palabra—á los jefes y oficiales de aquel sufrido, paciente y explotado Ejército. Y digo ROBAR, é insisto en la palabra, porque ROBAR ES, y no otra cosa, el sacar á las casas el 20 y hasta el 35 por 100 de renta. Eso, prestar caro á los oficiales y venderles alimentos, ropas y enseres a precio de oro, es lo único que se ha hecho en Melilla, sin contar el obtener con cesiones de minas y terrenos, que luego han sido cedidas á extranjeros, todo ello, por supuesto, sin perjuicio de llamarse MUY PATRIOTAS.

Yo hablo de lo que entiendo, y hablo con orgullo de las cosas de Africa, ya que á la hora presente, y cuando tantos hay que allí poseen minas, terrenos, cargos públicos, casas é industrias, puedo decir, y decirlo con legítima satisfacción, que á mí Marruecos no me ha valido más que cuarenta días de cárcel, muchos disgustos el dinero que he gastado en los viajes y unas calenturas que no consiguen cortar los mejores médicos de Madrid.

¡Callen, callen quíenes en Africa viven y el estado de guerra favorece, que si no callan, podrán decirles las gentes que no se puede ser juez y parte!

Yo, en cambio, al combatir la guerra, comienzo por perjudicarme. Y la razón

del perjuicio es clara: cuando hay combates sangrientos vendemos, por lo menos, 40.000 números más; 40.000 números, a un céntimo el número de beneficio, son 400 pesetas. ¿Está claro? Pues yo renuncio gustoso á ese beneficio, y á Dios pido que haya paz y que tiremos menos ejemplares, porque yo no miro, cuando escribo, á mi negocio: miro sólo al interés de mi Patria.

JUAN DE ARAGÓN

La Correspondencia de España.

La adaptación al medio

Este principio que algunos han erigido en ley de vida, sería ley de muerte si se observase con el rigor recomendado por un dogmatismo pseudocientífico. ¿Adaptarse al medio! ¿Qué significa esta adaptación más que el sometimiento del hombre á la fuerza externa, la anulación de su personalidad en el torbellino incoherente de las cosas? No es el hombre un crustáceo que haya de vivir por fuerza adherido á la roca. Aun tratándose del medio natural, cabe la acción modificadora, la adaptación del ambiente al hombre, no de éste á aquél. Los Países Bajos, que en estado natural eran parajes pantanosos y desola los, se han tornado por el genio del hombre en naciones pintorescas y ricas, haciendo de un medio hostil un sitio de vivir suave. Sin embargo, hay en la naturaleza cierta inflexibilidad, ciertas leyes á las que hay que someterse y la adaptación es irremediable; pero en el medio social político, religioso, artístico, la adaptación es la muerte.

Los rebeldes, los heréticos, los revolucionarios, los disidentes son los inadaptados, los que obran contra el medio, los que animados de un amor ideal y del sentimiento de la renovación eterna, arrastran el carro del progreso con todo el lastre de los estáticos, de los bien hallados con un orden cualquiera, mansos rumiantes con el instinto quietista del vegetal, que se resisten al movimiento como si la vida fuera otra cosa que un continuado cambio de formas, una adaptación perenne.

Aparte de los que se adaptan al medio por degeneración, por ausencia del instinto dinámico que impulsa al avance, hay una especie de adaptados socarrones á quienes se ha calificado hace poco con el exacto mote de *arrivistas*, los que sin fe en el pasado, en el presente ni en el porvenir se adaptan al medio para su particular provecho. Es la gran legión de los escépticos, atentos á la realidad tangible, al materialismo práctico, á la más grosera concepción de la vida. Los hay en política (gran teatro de *arrivismo*), en el templo (¡hay dolor también allí!) en la prensa, en la cátedra y en la literatura. En la literatura los hay ultraadaptados, fósiles que se nutren del polvo de los archivos donde yace un arte momificado; y los hay peores; los hay

tan adaptados, que hacen arte de plazuela, literatura chulesca y plebeya, herederos directos de los pobres romanceros que referían por las esquinas espantables crímenes con una literatura que sería criminal si no fuese tan ingenua.

Ben hayan los inadaptados. La fe muerta de los dogmas no hace mártires; la fe viva de los heréticos, sí. La adaptación al medio puede ser un principio biológico cierto; pero transportado por una extensión abusiva á otros medios menos naturales, degenera en cuestión de estómago, y es bueno que la humanidad no discorra enteramente con este órgano, dando á la vida otras perspectivas más ideales que la de un gulsote desabrido y á la sociedad otra misión que la de rebañar en perpetuo requerimiento del pescado.

T. ORBE

Himno á la Patria, En acción

El español puro y neto, dondequiera que vaya y esté, es la paradoja hecha carne.

Mientras en el patrio solar todo es desmayo, inercia, desdén hacia el pasado, desconfianza ante el presente, escéptica indiferencia ante el porvenir, las últimas llamaradas del patriotismo romántico brotan, en un peregrino y poético rasgo de entusiasmo, allá en donde la ruda lucha por la existencia, el prosaico batallar por el negocio, y el anglosajón *business is business* cultivado con tan áspera intensidad como en Nueva York y en Londres, parece que son del todo incompatibles con los arranques idealistas que aquí calificarán de pueriles, y hasta de seniles, los que presumen de «hombres prácticos».

Estoy hablando de la ciudad de Buenos Aires y de la Asociación patriótica española de la Argentina.

Los poemas épicos y las odas á lo Quintana han pasado de moda; pero á lo mejor resurge su espíritu en la forma más pura y elevada, limpia de toda escoria retórica y toda inflada palabrería: en un acto sencillo y sincero.

Y aquí de la paradoja viviente. Los españoles que se nos aparecen con verdadera y unánime alma de poeta son en su gran mayoría negociantes y mercaderes, que están á más de mil leguas—geográficas y espirituales—de los rimadores que por acá dedican sus rípios galicursis al lívido Pierrot, á la princesita liliál, al nenúfar opalino y á la hora malva.

Copio del *Heraldo de Aragón*:

«Nos ha sorprendido la visita á Zaragoza de D. Juan Roldán, navarro ilustre que reside desde hace muchos años en Buenos Aires y que ha venido á nuestra tierra con una comisión que nos enorgullece y nos conmueve.

«La Asociación patriótica española de la Argentina, que tantas pruebas tiene dadas de amor fervoroso á la madre patria, que envió montones de oro cuando las terribles inundaciones de Murcia, que no escatimó auxilios de ninguna especie durante la guerra de Cuba, que volvió á prestarlos con esplendor en la campaña de Melilla de 1909 y que jamás perdió de vista á

nuestra nación en sus dolores y en sus alegrías, esa generosa entidad ha tomado un acuerdo que por su significación y delicadeza arrancará lágrimas de los ojos de todo buen aragonés.

«Consiste el acuerdo en solicitar de nuestro Ayuntamiento que se le entregue una piedra de las murallas de Zaragoza para edificar sobre ella el magnífico palacio que dicha Asociación proyecta erigir en Buenos Aires.

«Hay que tener en cuenta que la Asociación patriótica está constituida por españoles de todas las regiones, entre los cuales no son los más numerosos los aragoneses, y, sin embargo, cuando se discutió de dónde se había de llevar ese recuerdo que imprimiera sello y carácter al edificio proyectado, todos los asociados unánimemente, gallegos, andaluces, castellanos, navarros y catalanes, convinieron en que la piedra fuera de los muros de Zaragoza, agujereados por los balazos de los enemigos y teñidos por la sangre heroica de nuestros antepasados.»

Prescindiendo de lo demás que escribe el *Heraldo de Aragón* con razonada elocuencia, porque á quien interesa principalmente es al pueblo de Zaragoza y á su Ayuntamiento. A mucho les obliga el homenaje que se les tributa desde la Argentina; pero es seguro que sabrán corresponder dignamente á un rasgo de tan poética delicadeza como de efusión patriótica, que es además una estupenda «lección de cosas» que recibe—y no, á fe, de utopistas y soñadores—la ramplona y multiforme caterva de egoístas y cucos, mansurrones y entontecidos, que traen esta desquiciada España á mal traer.

Tan á mal traer y á mal vender, que ya me parece estar viendo y oyendo á aquellos buenos españoles de la Argentina decir á estotra españolería de almoneda y baratillo:

—¡A ver! Remítannos ustedes, por lo que sea, el Acueducto de Segovia, la catedral de León, la Alhambra de Granada, y lo demás por el estilo, antes de que se lo vendan ustedes á los yanquis.

Aunque de sobra habrán caído los zaragozanos en la cuenta de lo que les toca hacer, me permito opinar que la piedra solicitada debe sacarse de la histórica Puerta del Carmen, que es también otro himno á la Patria en acción, trazado por las huellas que dejaron en 1808 los cañones y los fusiles de las huestes napoleónicas, al modo que las cicatrices del héroe son la ejecutoria de nobleza que le entrega el enemigo.

Sagrado é intangible es aquel monumento sin par, tan modesto en la traza como soberano en la epopeya; pero, en vez de profanación y sacrilegio, será señal perenne de culto á la Madre España y al heroísmo de antaño la extracción de esa reliquia gloriosa, superdigna de que los españoles de la Argentina la apliquen el «*Super hanc petram*» del texto evangélico.

Cierto que ello ha de ser con una condición inexcusable. Con la de poner en el hueco que deje el sillar trasladado desde Zaragoza á Buenos Aires otro de mármoles, donde se consigne en qué ocasión y con qué objeto se efectuó esta simbólica «trasfusión de sangre» entre la España que luchó por vivir dentro de sí misma, para aguantar nuevos desastres, ó esotra España, hermosamente para lógica, que lucha fuera del solar español por gozar de lo que no hallaba en él: trabajo y bienes.

tar, fe en la raza, esperanza en sus destinos y amor á la buenas páginas de su re vuelta historia.

MARIANO DE CAVIA.

El rosario de las obreras

Información sobre el trabajo á domicilio en la industria de flores artificiales se titula un libro que ha empezado á circular en París, y del cual un periódico ha hecho los siguientes extractos:

«Las más miserables de las floristas á domicilio son las que fabrican la florecilla (violeta, narciso, margarita, miosotis, lila). La cuarta parte de ellas ganan, como máximo, un franco diario. Cuarenta y nueve por ciento de las obreras ganan menos de un franco por día. En conjunto, diez por ciento solamente ganan de cuatro á cinco francos por día fabricando rosas. Veintidós por ciento de las obreras no sufren de paro; todas las demás experimentan sus consecuencias, á veces durante medio año. Cincuenta y dos por ciento de las obreras trabajan, durante la estación, más de diez horas diarias.»

Después de estos datos edificantes, viene la exposición de unos cuantos «casos» para ilustrarlos:

«Una obrera de cuarenta y ocho años, que trabaja desde los doce, sin más recursos que su trabajo, con la salud arruinada por una bronquitis crónica. Gana un franco por día, trabajando doce horas.

«Una obrera de cincuenta años, que habita un cuarto de tres francos cincuenta por semana en un callejón repugnante. Se alimenta de pan (cinco céntimos), de carne de caballo (cinco céntimos), que hace cocer en una estufa, gastando otros cinco céntimos en grasa. En los días muy fríos se calienta con aserrín, que le dan de limosna,

«Madama G..., con seis hijos pequeños, que mantiene. Jornal, un franco. Trabaja también de noche para tener el tiempo que necesite para hacer sus entregas, porque para ahorrarse los gastos de transporte hace á pie el trayecto del barrio Saint-Irergeau al centro de París y viceversa: total, ocho kilómetros todos los días

«Otra obrera. Edad, sesenta años. Hace una florecilla muy delicada, para adornar los trajes de *soirée*. Gana un franco por día y se alimenta de sopas exclusivamente. Trabaja hasta las doce de la noche. Trabajando, á veces, se queda dormida. Se despierta y vuelve á la labor.

«Madama S..., sesenta y cinco años. Trabaja con dos obreras de su misma edad y tan miserables como ella. La Asistencia pública tiene que socorrerlas. La anciana ha dicho á la señorita Carolina Milhand, informadora de las páginas de este libro:

«—¡Lo que se gana es demasiado para morir y no es bastante para vivir!...»

Siguen los casos, muchos más. Siguen las miserias, las tristezas sin nombre. Es un rosario inculcable de culpas. Y estos

casos terribles y estas lástimas llorosas ocurren en el país más rico del mundo y bajo la forma republicana de igualdad y fraternidad entre pueblos y gentes.

El observador no puede menos de preguntarse si es tan rico para cobijar tantas miserias, con la agravante de ser miserias de mujer, á quien todos debemos amparo, consideración y misericordia, y si vale la pena de erigirse en República para no resolver el problema de que puedan las obreras comer lo que necesitan, como lo comen las vacas, y con la libertad de que ellas disfrutan.

Otra circunstancia propicia a hacer reflexionar sobre las ironías de la vida es que haya mujeres irónicas, como la sufragista Davisón, que mueren por recabar el voto electoral, y no las haya aún resueltas á morir por que las obreras venideras, ya que no ellas mismas, tengan derecho á pacer á medida de su hambre, á echarse en un lecho que no sea un basurero y á no tener por todo adorno en sus cuatro muros la trágica desnudez del yeso.

Hay, sí, que dignificarlas, y no se las dignifica sólo por la mente, sino también por el vientre, de cuyas entrañas salen ayes de penas y desvelos lo mismo que gritos de hambre. La miseria entristece, acobarda y envilece. Aun entre los hombres, pocos son los que siendo miseros se atreven á mirar cara á cara á los fuertes; pocos también los que tienen energías para jugarse el pan antes de aceptar la humillación que trata de imponerles el poderoso.

Y yo creo que he cumplido mi deber de hombre y de periodista hablando de esas obreras y de su reivindicación, en vez de hablar, como lo hacen estas revistas, de si madama Ida Rubinstein tiene ó no acento extranjero. ¿Que me importa á mí ese acento?

LUIS BONAFOUX

«Mirando á Loyola»

por Julio Cejador

Hace ya algunos años que se corrió la noticia de haber salido de la Compañía, en la cual pasó veinte de su vida, este que ya está en los carteles del Ateneo y de la prensa con el laurel de escritor de primera fila, y con la especialidad de hablista y de filólogo.

Si se pregunta por qué salió de la Compañía, nos responden sus libros:

—Por ser demasiado hombre.

La Compañía no pudo deshacerlo y asimilárselo; por esto ella y él se han eliminado mutuamente.

Al salir, Cejador parece haber abjurado de corazón los errores de la secta jesuita, cosa que hizo hace unos treinta años el Padre Mir y que acaba de verificar recientemente otro jesuita francés, literato también, de la talla y aun de la madera de nuestros Mir y Cejador. Pero al salir de la célula del jesuitismo y de toda orden religiosa, el expulsado ó prófugo se halla todavía dentro del coto

cerrado llamado Iglesia; como si dijéramos en el patio de la cárcel, de cara á la muralla donde ya no tiene el *socio acacaena* y se puede respirar un poquito de aire libre.

«Aquí se está bien, dicen», y allí deciden quedarse, por no haber tenido tiempo de aprender en la historia eclesiástica de dos mil años, que toda la Iglesia, desde el Papa al último rapavelas, no descansarán hasta volverles á encerrar en su célula vestidos con el sambenito del arrepentido, ó hasta hacerles saltar la barreira del catolicismo. *O morir ó apostatar*—como dijo el Anticristo. *O conmigo ó contra mí*—que dicen que dijo Cristo.

El jesuitismo necesita apelar á estos medios para retener en la fe á los embaucados. Le es indispensable destruir á todo trance al que desertó de ella, y más si desertó con armas de talento, experiencia y energía, con las cuales pueda combatir algún día.

No sabemos si Cejador está percatado contra este modo de ver de la Iglesia. Su personalidad es maciza y puede resistir muchos embates. Su crédito literario es inexpugnable. Sus armas defensivas son temibles: esto lo sabe la Iglesia, dispuesta á rondarle como león rugiente en acecho de la ocasión propicia para devorarlo. En su libro *Mirando á Loyola*, parece que dice que es y quiere ser católico, pero es antijesuita... El tema de Mir, de Curci, de Gioberti, de cien mil.

Desde este momento queda incurso en la pena capital dictada por Ignacio contra los que hablan mal de la secta. Hállase en el *Cronicon* de Polanco y en las *Instrucciones secretas* del socio de Ignacio, Jerónimo Nadal, en estos términos:

«Contra los que infaman la sociedad, tómese ejemplo de lo hecho con Matías (un oficial de Postas del Vaticano) y Juan del Mercado (un pariente de Inigo, desbaliado y después despellejado en Roma).» Ya lo sabe Cejador: sus modelos son Mercado y Matías. En aquellos castigos, Inigo fué el instigador: el Papa y los jueces fueron su instrumento.

Aun así ¿se empeñará en ser católico como Mir y Cebé?

Bien: ellos, en sus conciencias, podrán imaginar ser lo que quieran; lo que no lograrán es que la Iglesia los reconozca como tales católicos ni que dejen de ser considerados como lobos temibles, ó como leprosos apestados, de quienes todo fiel debe huir. Y es muy posible que, de sostener este empeño tan fuera de la realidad, les ocurra que sus grandes talentos pasen á la tumba estériles, insoportables á los de acá por lo de católicos, é insoportables á los católicos por lo otro.

¿Serán católicos ó no?—Pregunta difícil de responder. A estas horas nadie sabe en qué consiste el catolicismo.

El dogma católico pasó á la historia; la moral católica es un laberinto. Como religión, ha muerto; vive como secta de ignorantes manejados por gentes que van á lo suyo. Y como *lo suyo* del Papado es ahora el jesuitismo, de aquí que el ata-

car á la Compañía sea como herir al Papa en la nariz de sus ojos.

Existe, sin duda, en la Iglesia una división que se ahonda por momentos, entre jesuitas y antijesuitas. Si el mundo no estuviera tan distraído por otros espectáculos, podríamos ver cómo se está reproduciendo aquella tromba que en el siglo XVIII descendieron sobre la secta ignaciana las cortes borbónicas.

La Iglesia está pagando sus complicidades y promiscuaciones con el excreto Instituto. El libro de Cejador es una nueva cuchillada de esas que no se cicatrizan.

El «antijesuitismo» se está formando en círculo cerrado. La secta entra en crisis.

El libro *Mirando á Loyola* está sintetizado por el propio autor en los párrafos siguientes:

«... si en breve y ceñida fórmula hubiese de cifrar mi sentir acerca de la Compañía de Jesús, yo diría que es la mayor y más linda pega social que vieron los siglos. Se la pegó á la Iglesia, á sus propios asociados y á sí misma.

»Salió á su padre, que, engañándose á sí mismo, porque no cabe sospechar malicia en él, engañó sin querer á sus compañeros y engañó al Sumo Pontificado. Soldado dominante y pagado de sí, jamás supo lo que era obedecer él mismo á nadie, y sólo supo que todos debían obedecerle. Vizcaíno terco y tenaz, de una voluntad tan de hierro como las montañas de su tierra, logró cuanto se propuso. Doblegadizo en los medios para salirse con la suya, engañó al mundo, engañándose á sí. Lutero levantó iglesia contra la iglesia; él creó otra iglesia en el corazón de la misma Iglesia.

»En guerra franca y descubierta, Lutero y su iglesia quedaron vencidos: los protestantes de hoy no guardan de los de antaño otro principio que el de la protesta: en guerra solapada, con abrazos lisonjeros de hijos obedientes, los jesuitas y su padre no hicieron jamás otra cosa que lo que les vino en talante, y minaron y socavaron la religión cristiana. La Reforma luterana, enemiga descubierta, despertó á la Iglesia y la estimuló á reformarse; la Reforma jesuitica carcomió el corazón mismo de la Iglesia. Subió á los altares su fundador, y pasó la Compañía por el más valeroso escuadrón de Cristo: no se vió jamás otra más linda pega.»

De ahí se desprende que el verdadero título del libro sería este: *La Linda Pega ignaciana*.

Los críticos han hablado con encomio del mérito literario de esta novela, que dicen ser historia íntima del autor. Suscribo de buen grado este juicio: no puede hacer otra cosa el maestro lingüista.

Estamos de absoluto acuerdo con Cejador en ese punto de la *pega jesuitica*. La Compañía es una grandísima pega.

Tal ha sido también la idea de Mir y la síntesis de su obra *Historia Interna de la Compañía*.

Sin embargo, Mir y Cejador están á nuestro entender en error grandísimo en

un punto capital y fundamental del jesuitismo.

Si Mir viviera, le invitaría á convertir en público su juicio: puesto que Mir ha muerto, invito á Cejador á convertir el suyo.

Decía Mir en la *Introducción* de su Historia: «Se puede asegurar que los planes infernales, los crímenes atroces y las intenciones aviesas que los enemigos de la Compañía suponen en los jesuitas, no tienen más fundamento que la fantasía ó mala voluntad de sus enemigos.»

Si viviese Mir, digo, le invitaría á depurar algunos crímenes del jesuitismo del mismo tiempo de Ignacio. El asesinato del Duque de Segorbe cometido por jesuitas profetas y que, por poco, cuesta el pellejo á San Francisco; el asesinato de D. Gaspar de Centellas y del fiscal del Consejo de Aragón, Segismundo Arquer, para apoderarse del condado de Oliva; las artes de persecución contra Isabel Roser (la madre de Ignacio) y otra docena y media de hechos judiciales intervenidos por aquellos santos, inadvertidos hasta aquí de la crítica, nos revelan y manifiestan que no son fantasías ni invenciones los «planes infernales» de la secta, no ya de los jesuitas de moralidad discutida ó ignorada, sino de los propuestos al público como modelos acabados de virtud y proclamados santos por el Pontífice.

Esta polémica con Mir es ya imposible. Pero no lo es, si el Sr. Cejador tiene voluntad para ello, lo que él, contra todo lo que estamos sosteniendo acá hace tiempo, dice de San Ignacio:

«...engañándose á sí mismo, porque no cabe sospechar malicia en él, engañó sin querer á sus compañeros y engañó al Sumo Pontífice.»

Este es el punto culminante de la Historia Crítica de Ignacio y del jesuitismo en estos momentos: hasta aquí, desde Voltaire á Castelar, y con ellos todos los críticos é historiadores, han visto en Ignacio á un sujeto de proceder dudoso y equivoco, pero obcecado de la mística y cegado de su fevor: es decir, le consideran equivocado en sus actos, pero recto en su intención.

Esta rectitud, ó sea la *probidad y honradez*, es lo que se debe negar.

Como católico, Cejador debe defenderla: es el último reducto de la retirada jesuitica. Ya está admitido que Ignacio no fué un sabio, ni siquiera discreto en sus juicios, ni defendible en sus máximas. ¿Conocía él los fallos de su ética y los errores de sus doctrinas? La crítica ha decretado que las ignoraba á causa de su cortedad de alcances: «se engañaba á sí mismo» dice Cejador.

Contra esta opinión universalmente establecida, afirmo lo contrario: Ignacio simulaba creer, pero no creía en estas máximas y doctrinas. En esta simulación está la *pega* universal, que es preciso acabar. No fué un apóstol iluso de la mística: esta es la pega. Fué un agente de negocios endiablado. Aquí está la pega deshecha.

Fué un metómano consciente.

El tema, como puede ver el Sr. Cejador, es por demás curioso, de actualidad española y que brinda á su excelente pluma ancho campo donde lucirse.

¿Recoge el guante?

S. PEY ORDEIX

UN CASO MAS

Señor marqués de Comillas:

Ignorando dónde usted se encuentra, y teniendo necesidad de enterarle de un suceso ocurrido en un vapor-correo de la Compañía Trasatlántica Española, me dirijo á usted desde EL MOTIN, por si se negara á insertar estos renglones algún otro periódico de los que publican los anuncios de esa empresa; suceso que yo, humilde pasajero, presencié indignado, como tantos otros.

Embarqué el día 3 de Mayo una señora en la Habana en el vapor á que aludo, con pasaje para Barcelona; delicada de salud y en estado interesante, soportó la travesía á New York, pero de aquí á Cádiz fué el viaje tan cruel para todos, que la desdichada señora se agravó, sin que el médico de á bordo se molestase en atenderla: bueno es advertir que no ocupaba cámara de primera clase.

A petición de otras señoras, compañeras de camarote, fué trasladada por fin á la enfermería pocas horas antes de morir, y falleció hallándose ya el barco á la vista de Cádiz.

Seguramente que el parte del médico de á bordo, y el del capitán, y el del «sobrecargo», nada extraordinario denotaban; y, sin embargo, no es caso ordinario dejar morir á un pasajero por incuria y apatía, del doctor principalmente.

Yo esperaba que alguno de los viajeros se hubiera ocupado de este asunto; pero así como me he equivocado en este punto, pudo también equivocarse la autoridad del vapor «Buenos Aires» al hacer entrega sin las formalidades debidas del niño que la víctima dejó abandonado sobre la cubierta de un barco viejo ocupado por un montón de tripulantes y pasajeros que ignoran ó olvidan sus deberes cívicos.

El caso bien merece abrir una averiguación y seguirla minuciosamente, señor marqués de Comillas.

M. V.

Veraneo místico

I

—¿Te han dado ya los billetes?

—¡Sí! El director me ha recibido como un ogro, y echando fuego por los ojos; dice que está ya de periodistas hasta la coronilla, y que entre ellos, los consejeros y sus familias, lleva ya concedidos más de trescientos billetes de primera, y cuatrocientos de segunda y... que no podía ser, ¡vaya!

—¿Y lo dices con esa frescura? ¿Y piensas tú que podemos quedarnos en

Madrid este verano, en pleno ridículo? No, eso no puede ser... Debes volver a la Compañía y pedir los billetes otra vez... De seguro que tu compañero Lametras ya está en San Sebastián con su señora.

—Te digo que es inútil, que no puede ser: el tío estaba que echaba bombas.

—¡Que las eche y reviente! De modo que vosotros, que tú, estás haciendo el caldo gordo a la Compañía, tapando sus chanchullos, abusos, y hasta choques, siendo cómplices de sus infamias con el público, y cuando se necesita un cocino billete de favor, te dan con la puerta en las narices...

—No, no es un billete: son siete.

—Que sean cuarenta: lo mismo da. Por supuesto, eso te pasa a ti, que eres un calzazas, y que en viendo una mala cara ya no sabes donde meterte. Si yo estuviera en tu pellejo mañana mismo publicaba en el diario un artículo con este título con letras como burros: *Los crímenes de una Compañía, ó la esclavitud de los guarda-frenos. Robos en los almacenes...*

—Sí, y el director del periódico me plantaba en la calle en el acto. ¡Qué sabes tú de estas cosas! Ea, vaya, déjame en paz.

—Pues pídele una recomendación a Romanones ó a Montero Ríos...

—¡Perc, mujer, si son liberales!

—¿Qué más da? La cuestión es viajar gratis.

—Que no.

—Pues sí.

—No nos moriremos por no salir un año á veranear.

—Pues yo si me moriría de vergüenza. ¿Qué diría el novio de Adelita? Bueno, yo me las arreglaré. ¡Y tenga usted marido para esto! Me voy por no verte: no vales para nada. ¡Uf, qué asco de hombres!...

II

—No hay más remedio, Adelita.

—Mamá, yo no me atrevo.

—Hija, el tren sólo nos cuesta más de ciento cincuenta duros... Nadie lo sabrá... Cuando volvamos, yo te daré de lo del gasto de la casa para que lo reintegres... Además, esos fondos no te los piden nunca... La congregación marcha bien...

—Sí, pero si un día se le ocurre á la presidenta echar cuentas, hacer un arqueo... ¡Dios mío, qué vergüenza! Sólo de pensarlo se me salta el corazón.

—Porque eres una tontuela sin mundo y sin experiencia. Todas las tesoreras de congregaciones hacen lo mismo. ¿De dónde crees tú que salen los trajes de la Navarrete? ¿Y los sombreros de la Irene? ¿Y el palco de las Velezrubio? Pues de los fondos que tienen y mangonean de sus respectivas congregaciones... Por eso se desviven porque las hagan tesoreras... ¿De qué crees que sale el coche de la marquesa de Trapisonda? Pues de las cofradías que mangonean... Ea, dame la llave y róelas tonta.

—Pero esto es un robo, mamá.

—¿Qué dices, criatura? ¿Acaso yo te propongo que quites nada á nadie? Este

es lo mismo que un préstamo; y como luego hemos de devolverlo cuando lo pidan, pues es lo mismo que si fuera nuestro.

—¿Y si no podemos?

—Eso ya se verá... Piensa que Alfredo nos espera en San Sebastián, que es un buen partido, que allí están las de Benjuco, que no le pierden de vista, y tienen un gancho que me río yo... Dame la llave de la cajita...

—Toma... ¡Ay Dios mío! me tiembla todo el cuerpo... como si hiciera un crimen...

—¡Calla, tonta! ¡Anda, pues no estás poco rica!... Si hay aquí más de tres mil pesetas... ¡Menudo verano nos vamos á pasar gracias á Santa Mónica!

—¡Mamá! No hables así...

—¿Qué niña eres! Si es una broma, tontueña. Verás qué contento se pone Alfredo.

III

—Prepara tus cosas para el 25, que nos vamos, y pídele á tu jefe un mes de licencia.

—¿Tienes ya los billetes?

—Sí.

—¿Quién te los ha dado?

—Una señora viuda muy influyente en la tierra... y en el cielo.

—Vamos, alguna ricachona de tus cofradías... Pues mira, va á ser un verano delicioso, porque Madrid está hecho una caldera...

—Lo que va á ser es un veraneo místico, ¿verdad Adelita? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¿De qué te ríes?

—De nada: cosas nuestras...

FRAY GERUNDIO

Periodista preso

Denunciado el segundo número del periódico *La Ira* por no sé qué artículo, con arreglo á la Ley de jurisdicciones, ingresó en la cárcel el director, D. Angel Samblancat, sin admitírsele fianza de ninguna clase.

Si nuestros diputados hubieran hecho un día y otro la campaña que debieron hasta conseguir la abolición de esa ley, no estaría ahora en la cárcel ese joven escritor tan ilustrado y tan valiente.

LA VIRGEN DE LA CANDELARIA

Digno par del *Idolo* adorado por los pobres labriegos de Bari es la imagen de la Candelaria, que hace pocos años se veneraba en la rica ciudad de Río-Janeiro. A un lado del templo se abre de lado á lado una capilla con extensa hilera de imágenes de santos adosadas á la pared sobre sus correspondientes cepillos de limosnas, como peana más á propósito para el caso. En el centro de la hilera bajo rico dosel de seda azul, aparecía la imagen de la Virgen apoyada en el brazo

de Cristo. Lucía la imagen un traje de raso azul muy escotado, con mangas cortas, que descubría la exquisita confluencia del cuello, hombros y brazos blancos como la nieve. La falda, recubierta de rico encaje con plegados de tul, era tan corta como la de las bailarinas, pues caía más arriba de la rodilla, dejando ver las piernas artísticamente torneadas, con medias de seda de color de carne, y botas francesas de raso azul con altos tacones rojos; tenía la imagen el cabello rubio y lo llevaba peinado á la última moda, con rizos y abultado moño. Estaba apoyada en el brazo de la imagen de Cristo, hacia quien volvía cariñosamente el rostro. También era de notar por lo extraña la indumentaria de la figura de Cristo, pues llevaba frac de corte, pantalón negro, chaleco blanco muy abierto, botas lustrosas y guantes de cabritilla con sortija en que brillaba un al parecer riquísimo diamante brasileño. La cabeza de esta figura de hidalgo portugués tenía el cabello peinado á raya en medio, y en su triste y grave semblante diríase que los ojos reflejaban la amargura de aquel sarcasmo inferido á la majestad del crucificado.

Isis sin Velo, obra escrita en 1877 tomo 222, pág. 15. (Edición de 1912).

Citras consoladoras

Consoladoras para los buitres, tomadas de *El Corriere de la Sera*:

«La guerra turco-balcánica (primera parte) costó á los búlgaros 80.000 hombres, muertos en el campo de batalla ó de enfermedades, y en dinero (gastos de guerra, cosechas perdidas, etc.) alrededor de mil quinientos millones de francos. A los serbios, 30.000 hombres y 800 millones. A los griegos, 10.000 hombres y 380 millones. A los montenegrinos, 8.000 hombres y 20 millones. A los turcos, en fin, 100.000 hombres y 2.000 millones.

Total: 228.000 vidas humanas (aparte de las víctimas causadas por las tropelías adyacentes) y 4.700 millones sacrificados en aras de Belona.

La actual guerra entre los aliados de ayer está costando ya, es decir, estaba costando hace dos semanas; á los búlgaros, 60.000 hombres y 800 millones; á los serbios, 40.000 hombres y 500 millones; á los griegos, 20.000 hombres y 250 millones.

En suma; 120.000 muertos (dejando á un lado la matanza de seres indefensivos á que se han entregado los búlgaros) y 1.550 millones de francos anegados en estotro mar de sangre.»

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada ha ce tiempo.

Precio: UNA PESETA

EL MOTIN

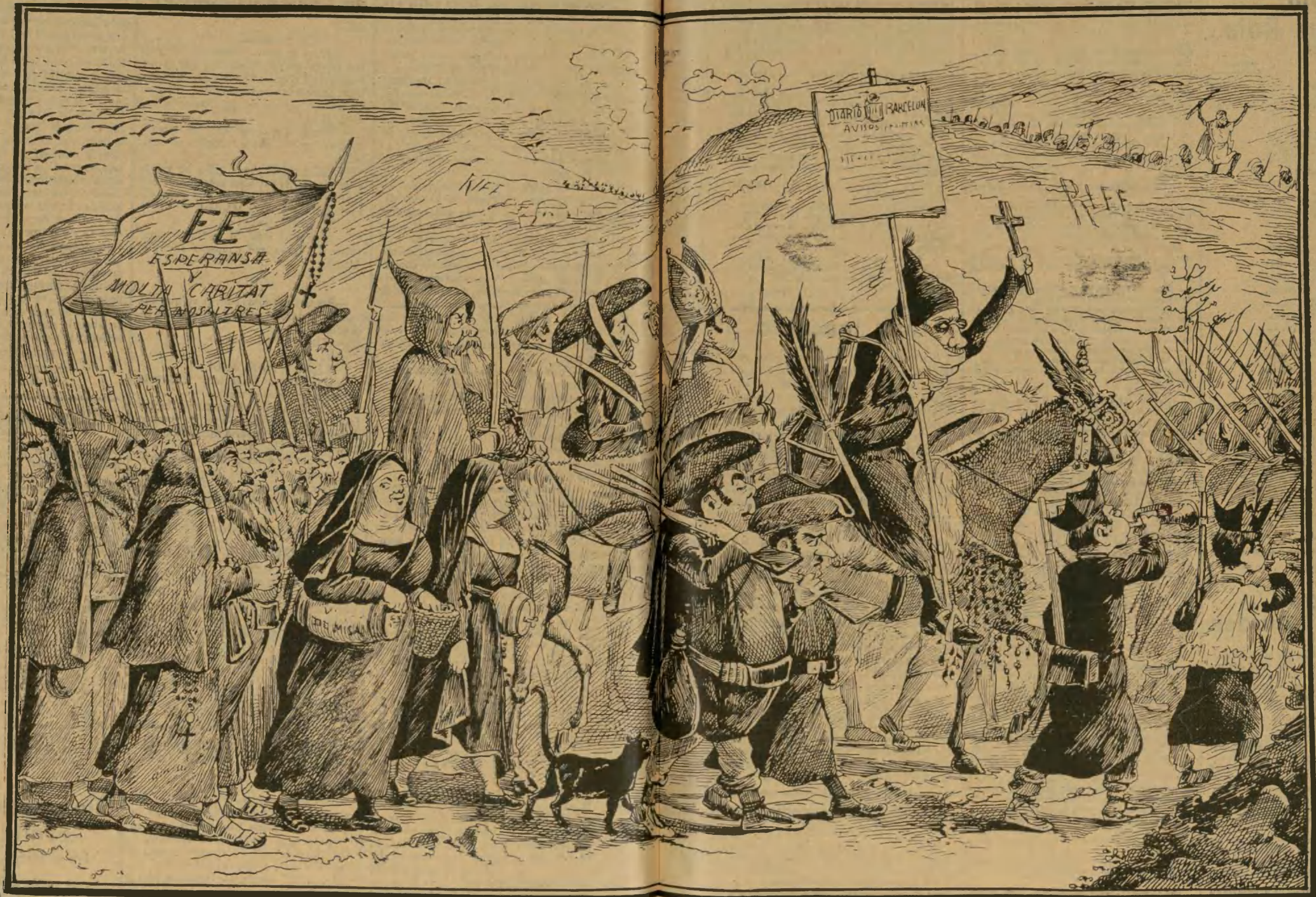


Lámina publicada por "La Campana de Gracia" durante la última guerra carlista, y que pudiera ser pronto de actualidad.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas.
Suma anterior	5064'63
Hipólito Villa (Castellón)....	2'20
Un admirador de Nakens (Puerto de Santa María)...	0'50
Pedro Loperena (Tarragona)	10'00
Juventud Instructiva Radical de Jerez de la Frontera	2'00
Francisco Mallorquí (Santa Cruz de Tenerife).....	0'60
De la Unión Republicana Gra- ciense (Barcelona).	
Ernesto Spuerri, 2'00.—Juan Rovira Palau, 2'00.—Magín Prunera, 1'00.—Basilio Ba- lart, 1'00.—Raimundo Rufan- des, 1'00.—Antonio Resena, 1'00.—Francisco Font, 1'00.— Juan Fusté, 1'00.—Antonio So- lé, 1'00.—Juan Casas, 1'00.— Enrique López, 1'00.—Anto- nio Barbado, 0'50.—Joaquín Armisen, 0'50.—Juan Camell, 0'50.—José Gracia Sucín, 0'50 Salvador Barberá, 0'50.—José Font, 0'50.—Salvador Saló, 0'30.—Enrique Sánchez, 0'25. Eduardo Den, 0'25.—José Fran- co, 0'25.—Ramón Palau, 0'25. Ramón Sebastián, 0'25.—Ri- món Balart, 0'25.—José Bonet, 0'20.....	18'00
Marcelino Arias (Bergerac- Francia).....	4'15
Suma y sigue.....	5102'08

Bilbao

Los milagros de Lourdes

Ayer me referían el caso dos mujeres tan-
tas, dos mujeres buenas... ¡Oh, qué divini-
dad! La excelsa Virgen había puesto de re-
lieve, una vez más, su poder inmenso, su
caridad infinita... Y el suceso de ahora no
alcanzaba a seres extraños, a oriatras ale-
jadas, cuyo testimonio no pudiera ser fácil-
mente comprobado. El milagro se había he-
cho en uno de los nuestros: en un vecino de
Bilbao... ¡Que se dudara aún, que negaran
el celestial suceso los repobos, los increí-
bles! El caso era patente. ¿No lo había refi-
do La Prensa sensata, la Prensa buena se ocu-
paba de él... Asentí, conmovido, ante aque-
lla fe fuerte y serena que iluminaba el fer-
vor los ojos hermosos de las narrado-
ras... ¿Y aún no creerán? ¿Usted mismo no
reconocerá lo evidente?...

Había en las palabras musicales de las
bellas tanta adoración, tal entusiasmo, que
asentí sonriente, sin protesta, sin esbozar
una duda es: época que pudiera molestarles.
Pero ellas insistieron.

—No, no basta su silencio; es necesaria su
confesión, el reconocimiento del milagro
realizado; aquello era patente, no podía du-
darse: la comprobación era fácil, puesto que
una de las personas salvadas por la Divina
Gracia era de Bilbao.

Me puse serio; la cosa era apremiante; dos

boas femeninas—dos viveros de amor—me
obligaban, con un mohín encantador é in-
sinuante, a hacer la confesión, á reconocer
el amable milagro. En vano argumenté, su-
ave y deferente, tratando de llevar el acon-
tecimiento por sus cauces naturales... Evo-
qué algunos pasajes del «Lourdes» le Zoia,
haciendo destacar el triste destino de cen-
tenares de creyentes que, impulsados por la
fe, salían de sus lugares á visitar á la excel-
sa Patrona y niquiera tenían tiempo para
dedicarla una oración, porque quedaban
muertos en el camino... Eran trenes de pe-
grinación en los que iban centenares de
enfermos, miles de creyentes, que, fijos los
ojos en la Divina Señora, no hablan «lean-
zido» la gracia de poder contemplarla, por
haberles sorprendido la muerte en el tra-
yecto...

—Pero no tendrían fe ó no les conven-
dría...

—Oh, de su fe no respondo; de su conve-
niencia, sí; ¡Cuántos niños inocentes, cuántos
padres, dejando en la orfandad á sus hi-
jos, han quedado ¡or allá!...

Mis bellas interlocutoras quedaron en
momento perplejas; pero finé un re-ampago.

—Entonces usted no cree en este mi-
lagro?

—En conciencia, si me permiten expre-
sarme así, tengo mis dudas...

—Pero lo que está patente, lo que puede
ser demostrado con el testimonio de miles
de personas que acuden con el mismo fin de
salvación, no es para usted una verdad?...

—Precisamente esos miles de seres que
van en peregrinación pendiente de la mis-
ma gracia, son los que más me hacen dudar
del milagro.

—¿Por qué?

—Porque, una de dos: ó son gente que ca-
recen de fe y esperan el milagro de cual-
quier cosa, como los desesperados, ó la Di-
vina Virgen de Lourdes no hace caso de los
millones de seres que con tanto fervor la
visitan, y se contenta con librar de los do-
lores y de la muerte al uno por millón... ¡Y,
en verdad, yo no quisiera hacer este cargo
de falta de caridad á la Sacratísima Señora!

—¿Pero y usted sabe si los juicios inexor-
tables de Dios determinan eso?

—En efecto; he ahí un lío imperiona-
ble... Pero se me ocurre pensar: si hay que
atenerse á los juicios de Dios, ¿para qué ir,
enfermos y doloridos, á impetrar gracia de
la Virgen de Lourdes? Si la Virgen de Lour-
des tiene la gracia de Dios, ¿por qué no la
derrama sobre sus fervorosos, contritos y
apetados creyentes que todo lo esperan de
ella?

—Oh, es que hay muchos pecadores de los
que el tribunal divino no está satisfecho y
les exige ciertos sacrificios para congracia-
cia se!

La amargura, brotando del corazón á los
labios, me hizo exclamar:

—Ese mismo año, hace unos días, en esta
peregrinación en que el milagro se ha reali-
zado, iba recorriendo el camino de la amargura
un santo matrimonio alicantino que
tiene una niñita de diez años, ciega desde los
tres... Al pasar me hicieron la confidencia...
Toda su vida la han puesto en esta niña, y
todavía fe en Dios y en la Virgen... Peregrina-
ción que se inicia, peregrinación á que
asisten. Se han postrado ante las Virgenes
célebres de todos los altares católicos... ¡Y
la niña—su luz—s' n ver, sin ver!... No quiero
demostrar á ustedes nada con esto, puesto
que los padres de la virgencita esperan que
su fe ciega dé luz á su tesoro... Pero creo que
seguirán el calvario, olvidados de la celestia-
l gracia, que no les es propicia... A pesar
de su religiosidad, los padres de la sin ven-
tura me reñan:

—¡Oh, si la Virgen quisiera!... ¡Ya ve usted,
un angelito!... ¿Qué pecado puede haber co-
metido?...

Me conmoví profundamente ante aquel
dolor formidabile... Exclamé, animador:

—¿Quién sabe! ¡Tal vez se salve!...

—¿Oree usted?—interrumpieron con an-
siedad.

—Oreo—contesté—que cualquiera que
tenga alma, que sienta latir el corazón,

varía, si de él dependiera, á todos los que
sufren, á todos los que padecen, aun á los
asesinos... ¡Con cuánto más júbilo salvaría á
los inocentes, á los ángeles!... Pero la Justi-
cia Divina es inexorable; sus designios
nos son desconocidos. Y, á las veces, lo que
creemos un mal es un bien... La gran virtud
del creyente es resignarse...

—¿Aunque se muera sin ver la luz mi
hija?—sollozó la madre.

—¡Oh, sí!—contesté, dolorido ante el do-
lor materno—. Lo mismo que usted, igual
que usted, miles de dolientes acuden todos
los años en espera de milagro... El uno por
millón, por causas naturales se salva. La in-
mensa mayoría, casi la totalidad, van mu-
riendo poco á poco, con la esperanza supre-
ma de una mejora que de repente acaba con
su vivir...

—¿Pero y entonces, qué hacer?—clamó la
madre angustiada.

—¡Ah, muy sencillo—repuse amargamen-
te—; esperar, esperar siempre hasta el últi-
mo momento! Y si el mi agro no se verifica,
resignarse con la voluntad de Dios ó de la
Virgen...

—¡Pero eso es cruel! ¡Eso no es humano!

—Es, en cambio, un decreto divino, cuyos
designios no podemos penetrar...

JOSE G. TORTAJADA

Cura macabro

Presentóse en la factoría de gran ve-
locidad de la estación del ferrocarril de
Segovia un sujeto, acompañado del capel-
lán del cementerio, con el propósito
de facturar una caja que contenía, según
el declarante, ropa de uso.

El factor sospechó de la veracidad de
la declaración; procedióse á registrar la
caja, y se vino en conocimiento de que
el contenido no eran ropas de uso, sino
los restos mortales de la que fué en vida
D.^a Luisa Plata Bugallo, exhumados por
orden gubernativa.

El factor prestó un buen servicio á la
Compañía, evitando que se facturasen
para Betanzos dichos restos como ropa
de uso, ya que ésta abona 16 pesetas, y
aquéllos 743 pesetas y algunos céntimos.

Parece que no es la vez primera que el
buen sacerdote anda en enjuagues de es-
tos con los restos humanos, pues hace
poco tiempo se le instruyó causa, que fué
sobresleida, por transportar los de no sé
quién en una maleta.

Este respeto á los restos humanos, me
recuerda al empleado aquel de Aduanas
que aplicó la partida del arancel que fija
los derechos de importación del bacalao
á una momia procedente de Egipto.

Por el respeto que ese cura guarda á
los restos humanos, no parece sino que
pertenece á la familia de aquel em-
pleado.

Bandido en un convento

ROMA. «Un cobarde atentado ha co-
metido un bandolero en un convento de
monjas, en Soiero, cerca de Alejandría.

Un individuo apellidado Vernerio, con-
denado varias veces y que la policía venía
buscando desde hace algún tiempo, se in-
trodujo noches pasadas en un convento,
escalando un balcon, y ha atacado á dos
monjas que estaban en sus celdas.

Las religiosas lucharon valientemente

con el bandido, produciéndole una herida en la frente.

Los gritos de las dos monjas despertaron á las compañeras.

Los aldeanos acudieron al oír la campana del convento y se lanzaron á la caza del bandido, al cual lograron capturar horas después los carabineros.

¡O, lo que va de ayer á hoy! O, las razas decadentes, ú otro cualquiera título que el discreto lector quiera poner á este artículo de santa indignación, despertada por la lectura de esa noticia de la entrada de un bandido en un convento de monjas.

—¿Qué pasó?

Nada de lo que había de pasar: lo increíble: lo inverosímil: lo inaudito: lo que seguramente llenaría de indignación á los bandidos y monjas de aquellas edades de acendrada fe, de santos canonizados y de milagros á cada santiamén.

¡Aquellos eran tiempos de vergüenza y no estos cochinos en que tales cosas presenciarnos sin que se hunda el mundo y nos trague la tierra!

Leed, por ejemplo, en las cartas de Salinas al Emperador el caso ocurrido en Valencia entre el bandido Esquivel y las monjas del convento...

No sabemos el nombre de este santo claustro y es lástima grande: pues, siendo en aquel tiempo princesas y duquesas las monjas, ó cuando menos hijas de duques y de príncipes sabríamos ahora el origen de muchos ilustres linajes de los que decoran las páginas de nuestro ilustre Bethencourt.

Ocurrió, pues, según aquel secretario de la católica y cesárea majestad consagrada por el Pontífice Romano, que el ilustre bandido era de la ilustre sangre de los Esquivales, huyendo de la justicia buscó asilo en un convento de monjas. ¡Cómo resistir á tal llamada de la misericordia?

—Entrad, hermano—dijo el capitán de tocas femeninas,—entrad, entrad confiadamente.

Y entró el ilustre bandido y sintióse monje de verdad.

¿Qué más podía hacer, para merecer el título de monje, que hacerse esposo y marido de todas las monjas del convento?

Entrado que hubo en el santo claustro, el Padre Esquivel fué uno de los mejores padres nacidos del seno del monaquismo. Tanta fué la gracia de que estaba lleno y que derramó por el convento, que el dicho secretario escribió al César augusto:

—A catorce de las monjas dejó preñadas...

¡Qué bendición! Salomón, si oyese este relato, exclamaría: ¡Grande es el poder de Dios, que saca hijos de las mismas que hicieron voto de no tenerlos!...

Y Abraham añadiría:

¡Oh, venturoso Esquivel: tú podrás decir que el Atisimo te ha llenado de su bendición. Tus descendientes serán numerosos como las arenas del mar...

Pero el diablo no podía permanecer quieto ante obra tan salvadora, y hete aquí que estimuló el prurito sexual de una monja vieja y ya estéril.

Presentó á Esquivel sus pretensiones, el cual respondió:

—Desdichada mujer: ¿sabes lo que pides? ¡No dices que eso es tentación del demonio? Pues así es y eso quieres, sea el demonio quien llene tus caprichos, que yo... ya ves... catorce van ya... sin contar las que esperan...

Y la vieja enfurecida, va y delata la presencia del Padre Esquivel en el convento, con lo cual nuestro bandido vió truncada

su vocación y cortada la fecundidad de su obra.

¡Catorce monjas preñadas de una sentada en un solo convento... ¡Esas eran monjas... esos eran bandidos y esos eran conventos!

De allí saldrían catorce Esquivales cuando menos, que á estas horas serán catorce mil ciudadanos si no han desmentido la raza.

Tales eran las gentes católicas del siglo xvi.

Ahora ¡ay, ahora! Apenas leer el telegrama.

Entra un bandido en un convento... Hace proposiciones á las monjas... Estas lo delatan á la policía...

¡Qué crueldad sin corazón!

¡Qué insensibilidad de cuerpo!

¡Qué dureza de alma!

Estamos perdidos irremisiblemente con monjas así y con bandidos de este nuevo género... ¡Adiós humanidad!

R. MAYOL

El piporro y el tamboril

(DOLORA)

«En Marquina falleció el tamborilero Simón Iriarte. Sus compañeros de la banda municipal quisieron rendirle homenaje tocando una marcha tenebre en el entierro»

El párroco, enemistado con el director de la banda, opúsose.

El pueblo colocóse al lado de los músicos, protestando contra el párroco.

El clero retiróse, y como el párroco insistía, fué necesario requerir á un cura forastero que allí veraneaba, quien prestóse á acompañar el cántico.

El Ayuntamiento de Marquina ha telegrafado al obispo, protestando contra la conducta del párroco.

(De *El Imparcial*).

I

¡Infeliz tamborilero!
¡Nunca le podré olvidarl...
Ved cómo opinaba el clero cuando le iban á enterrar.

El párroco.—A ¡uí no manda nadie más que yo; y no chista «ni pá Dios» ningún murgulista, porque me cierro á la banda.

Si coadjutor.—¡Ole ya los párrocos con ridones!
Allí donde un cura está, «sonsoniche» los masones!

El teniente cura.—¡Pero que muy bien dicho, redió!
Donde quiera que hable el clero ¡tién que hincar el pico tós!

El «sacris».—¡Si no se cayan, ¡irán con Simón Iriarte!...
Y así, es mejor que se vayan con la música á otra parte.

Monago primero.—¡Fuera la banda municipal!
Con un piporro, cualquiera tié su marcha funeral.

Monago segundo.—¡Al diantre la fuga y el contrapunto!

Con el bajón y un sochantre le sobra á cualquier defunto...

II

De la banda el director enarbola la batuta:

y el público, á su favor toma parte en la disputa.

Viendo su airada actitud, «¡Agü: quemos!», dice el cura párroco. El «sacris» murmura: «Señores ¡que haiga salud!»

Deja en la estacada al muerto la implacable clerecía, mientras la feligresía pide que siga el concierto.

La banda municipal toca un himno á toda orquesta, y el vecindario protesta contra la grey clerical...

III

Un cura (de fuera), en tanto, se acerca y les dice: «¡Basta! Yo iré con vosotros hasta dejar en el camposanto, bajo la égida bendita de Dios al tamborilero». Y á coro el público grita: «¡Viva el cura forastero!»
Y éste dice con fervor: «Forastero no, cristianos; ¡que todos somos hermanos en la patria del Señor!...»

CARLOS MIRANDA

El Liberal.

El Estado, la Iglesia y la Nación

Las obras de arte El Estado

El ministerio de Instrucción ha publicado un decreto creando museos provinciales y municipales, en cuyo texto, además de otros extremos, se hallan los siguientes:

«El fondo artístico de los Museos provinciales estará constituido por las pinturas, grabados, estatuas, relieves y demás objetos de arte procedentes de las extinguidas Ordenes monásticas, y cedidos, en calidad de depósito, por el Estado á las Corporaciones de la provincia, así como por otras adquisiciones y depósitos posteriores, realizados también por el Estado; por las obras de arte que por cualquier título posean las entidades oficiales de la provincia; por las donaciones ó depósitos voluntarios constituidos por las Diputaciones provinciales, Ayuntamientos, Juntas de fábrica, Patronatos religiosos ó de Beneficencia y Cabildos eclesiásticos, y donaciones ó depósitos voluntarios que constituyan los particulares.

«Los Museos municipales incorporados á los efectos del presente decreto se formarán con todas las obras de arte que pertenezcan á la Nación y que por cualquier motivo ó acto especial radicquen en la localidad, las obras de arte y objetos históricos propiedad del Ayuntamiento, Corporaciones oficiales, eclesiásticas, civiles y particulares que las cedan en propiedad ó en depósito, y nuevos donativos ó depósitos que por el Estado se concedan en lo sucesivo.

»Los Museos provinciales quedarán bajo la directa tutela y vigilancia del Estado, la cual alcanzará también á los municipales cuando éstos se adapten á los preceptos del presente decreto, gozando en tal caso de los auxilios ó subvenciones que para este fin se consignen en los presupuestos.»

He aquí una excelente ocasión para la Iglesia, de demostrar el respeto y confianza que le merece la monarquía de D. Alfonso XIII.

Es de esperar que el Sumo Pontífice, al enterarse de este decreto del Monarca Católico, circulará á los obispos las órdenes más terminantes, de depositar en estos museos, el arsenal de cruces parroquiales, cálices, tapices, cordobanes, códices, estatuas, joyas, damascos y demás objetos *innecesarios* al culto, que se pudren en las sacristías y desvanes de las iglesias.

Y asimismo los Generales de las Ordenes religiosas que tanto deben al gobierno de Su Majestad, ordenarán un registro de los conventos para llevar á estos museos nacionales, gloria de la Patria que los cobija y patrocina, los tesoros de sus iglesias y de sus claustros, con lo cual acreditarán ante los impíos que les llaman enemigos de la patria y rebeldes á las leyes, su humilde sumisión á los poderes públicos y su amor por el progreso y lucimiento de la España católica.

Todo esto, sin costarles un céntimo y sin grave molestia. ¿Qué menos pueden hacer por la Nación que les da asilo, y por el Trono que tanto se compromete por ellos?

No hay duda que procurarán dejar airoso al gobierno del Monarca, y no darán al pueblo español el escándalo de oír la voz de los ministros del Rey Católico, ungido con el óleo santo como vicario temporal de Dios, cual si oyeran las coplas de Calafinos.

Respuesta de la Iglesia

Nos la da anticipada un profesor de la escuela de Artes de Toledo, en la cual, después de dirigir una indirecta asaz directa á los caballeros cruzados de la Academia de San Fernando, dice al ministro de Instrucción Pública lo siguiente:

«Destrucción y rapiña, en una pieza, son hoy los enemigos de Toledo. El afán sin límites de querer liquidar pronto y espeditivamente las reliquias del pasado, llega aquí hasta las más altas esferas. Yo he escuchado de labios de unas religiosas que el mismo prelado las sule recomendar á muy buenos señores, con cuyo dinero se alivian las necesidades que padece la comunidad, y todo á cambio de objetos antiguos. Algunos conventos están convertidos en almoheta permanente y en ellos se cuenta de antemano con la autorización oportuna para enajenar cuanto se desee.

»Así, ayer, viendo en Santo Domingo el Real una extraordinaria puerta de alhacena, trabajo árabe del siglo XV, por la cual piden las monjas 4 000 duros, me enteré que, á más de otras obras de arte, tienen en venta el estupendo sepulcro hispano cristiano llamado de Layos, uno de los de mayor mérito arqueológico, existente en la sacristía de aquel santuario.

»Aún no hay fijado precio, pero no faltarán tasadores incompetentes de los que recomiendan en el Palacio Arzobispal para favorecer la liquidación.»

«Por el sentido de estas líneas pudiera suponerse que me anima un espíritu anticlerical. Nada menos cierto. Debo reconocer, y con gran satisfacción lo declaro, por ejemplo, que el Cabildo Catedral de la Primada, desoyendo torpes é insistentes incitaciones,

se niega á la menor mengua de sus tesoros, y procura exhibir estos decorosamente, en bien de la cultura patria. El clero secular cuenta con celosos defensores del arte.»

Dos noticias tenemos aquí, dignas de nota:

La primera es la subasta del sepulcro... ¡Del sepulcro... Dios! ¿Y los cadáveres? ¡Los veremos subastados en París, como el hombre fósil de Patagonia, ó como la bella Hotentote, ó como las momias de Egipto!»

No será de extrañar, cuando en el museo de Cluny vemos relicarios de santos españoles verificados á Rothschild y aun la corona del rey Chindasvinto hallada en Toledo.

¡Desde la corona del rey hasta los relicarios de los santos!... ¡Y estos son los fusiladores de Clemente García!

La otra noticia es la de la conducta del Cabildo Toledo.

«Será verdad tanta belleza?

Ya veremos ahora las obras de arte que el Cabildo catedral de Toledo depositará en el museo provincial.

Ya veremos: entre tanto veamos lo que sigue diciendo al ministro el profesor:

«Envíe su excelencia, si lo estima conveniente, una inspección de Bellas Artes, y por ella podrán recoger noticias que acusan tanta gravedad ó más de las aquí consignadas.

»A imagen de lo hecho con la Alhambra, declárese á Toledo entero monumento nacional, para que, bajo la tutela del Estado, y, como dijo el poeta Bécquer, en nombre de la civilización se prohíba arrancar ni la más pequeña piedra, carne durable de nuestra historia.»

«Perdón la libertad que me tomo al importunarle con esta carta, y sólo vea en ella el pensamiento de los toledanos legítimos.»

ANGEL VEGUE Y GOLDONI

Lo que dice la Nación

Después de oír la voz del Estado, y los santos consejos del Primado de Toledo al oído de las monjitas, la nación se dice:

«No habrá medio de traer á juicio á unos y otros religiosos para hacer buenas esas recomendaciones del santo fraile Aguirre, forzarle á él á exhibir los capítulos del Evangelio de Cristo en que los funde, y aplicarle las medidas del caso?

»Hay en el territorio de la península ibérica, un Estado con gobierno para obligar á todo bicho mirado ó sin mitra, á cumplir la ley de Jehová «no hurtarás lo ajeno», y las leyes de los códigos!...

Si no hay medio de cumplir la ley, envíese á Toledo al arzobispo de Valencia, Guisasaola y en poco tiempo cesará todo escándalo. Dígalo, si no, el Cabildo de Osma.

Voto de Santiago

«Sí, es lógico, se impone dejar cesante á ese apóstol, patrón de España, por muchísimas razones, la primera su inutilidad; ¿para qué nos sirve? Amigo que no favorece y cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa, reza el adagio. Patrón que no patrocina, debe ser desechado.

Y á propósito, ¿en qué se quedó aquella algarabía promovidada por el obispo de Jaca un año hace? El pistonudo mitrado declaró en la Alta Cámara que Santiago nunca se había aparecido ni en la batalla

de Clavijo, que no se dió, ni en otra alguna: todo leyenda, todo mentira.

Obispos y neos habla en el Senado: ninguno oso rectificar al de Jaca ó atenuar siquiera la crudeza de su aserto. ¡Los neos! Si el que negó la aparición hubiera sido un republicano ó un liberal de Canalejas, habrían rasgado sus vestiduras...

¿Luego la aparición es una mentira? ¿Estaba en lo cierto D. Antolín? ¿Lo estuvo un D. Casimiro, obispo de Ciudad Real, cuando le dijo á Martmón que la venida del apóstol á España, sus apariciones y su sepulcro eran filfas en que ya no creía ni podía creer persona alguna ilustrada?

Y ahora vamos á un punto oscuro. En el Breviario Romano, sección de santos de España, día 23 de Mayo, oficio de la aparición de Santiago, máitines, segundo nocturno, las tres lecciones refieren, por concesión de la iglesia de Roma, que tal relato autoriza la batalla de Clavijo y aparición de Santiago durante ella, con todos sus pelos y señales.

Y cabe preguntar: ¿Autorizó la Iglesia tan solemnemente y para cosa tan sagrada y sería como el oficio divino una mentira? Y si creyó que era verdad, mas luego se descubrió el engaño ¿que infalibilidad es la de esa Iglesia? Sea lo que fuere, una vez comprobado que no hubo tal batalla, ni tal milagro, ¿por qué se continúa recitando en los máitines del 23 de Mayo lo que ya consta que es falso, cual si constara su veracidad? ¿Por qué no ha suprimido la Iglesia esas tres lecciones?

Ni el Vaticano ni los neos de España se atreven á desmentir á la crítica histórica, porque es imposible, ni al obispo de Jaca, pero bien avenidos con una situación equívoca y bufa, continúan sin rectificar la patraña, la dejan vigente y rueda la bola.

Alguien, sin embargo, salió á rectificar lo dicho por el obispo de Jaca, el Cabildo Catedral de Santiago de Galicia. Pero ¿de qué modo, santo cielo! Su argumentación era tan débil, su lenguaje tan sandio, dejaban ver tan claro la convicción de mentir, que se rió España entera, se rió el obispo de Jaca, desdeñó al Cabildo hasta el extremo de ni contestarle siquiera, y en Roma, donde también se rieron, determinaron indicar á los caballados canónicos de Santiago que no insistieran pues... «peor era menearlo»; y se callaron.

Es decir, que nos hallamos ante un piadosa comedia insostenible y ridícula el mismo sacerdocio no se atreve á hablar de ella, pero nos cuesta á los españoles contribuyentes 23.000 pesetas anuales por el «voto de Santiago.»

¡El patronato! Con él, los moros se apoderaron de toda la Península en dos años y con él necesitamos para echarlos siete siglos. Con ese patronato nunca hemos vencido en África, y sufrimos la catástrofe del Barranco del Lobo. Con ese patronato nos echaron de Flandes y los Países Bajos, de Sicilia, de Cerdeña, de Nápoles, de toda la América del Sur, de Puerto Rico, de Cuba, de Filipinas.

Y ¿quién sabe si al fin nos llegarán á echar de España?»

Tierra Gallega

Un cataclismo celeste

Visión del pasado por la vida de una estrella

De Camile Flammarión, en *New York Herald*:

«Hace un año cautivó la atención del mundo astronómico la súbita aparición de una estrella misteriosa en la constelación de los Gemelos, estrella cuya presencia en el firmamento hizo ruido en la crónica mundial de los hechos sensacionales ultraterrestres.

Ya informé á mis lectores sobre todas las observaciones, pero no podía entonces precisar ni la fecha real del fenómeno, ni su distancia.

Esta laguna está hoy día llenada por nuevas investigaciones y vamos á ver cómo el drama del cielo estrellado, del que hemos sido testigos recientemente, nos lleva en el tiempo y en el espacio muy lejos de los acontecimientos actuales y del teatro de acción de la humanidad presente, porque representa en la intensidad á una distancia que se burla de nuestra imaginación y á principios del siglo xvii.

Se recuerda que ese astro, descubierto el 12 de Marzo de 1912 por un profesor muy experto en Astronomía y observador asiduo, Mr. Enob, en Dombaas (Noruega), ofrecía entonces el destello de una estrella muy brillante, casi de cuarta magnitud y visible á simple vista ó con unos gemelos. Inmediatamente los telescopios de los observatorios y también de los aficionados fueron dirigidos hacia ese enigmático punto luminoso que por otra parte palidecía rápidamente, pues desde últimos del mes de Marzo descendió hasta el límite su visibilidad para el ojo humano, cayendo bien pronto después en el dominio del telescopio.

Al mismo tiempo que los instrumentos ópticos interrogaban su luz vacilante, los aparatos espectroscópicos le disecaban, y el análisis espectral comprobó, como en las efímeras y precedentes estrellas temporales observadas en Perseo en 1901 y en el Cochero en 1902, el predominio del hidrógeno, pues las rayas brillantes constituyen la parte preponderante de la emisión luminosa en el azul y violeta, estando bordeadas por otras rayas, que se pueden atribuir también al hidrógeno, pero considerablemente desviadas por relación á su posición normal en el espectro.

Ese fenómeno debe ser atribuido probablemente al efecto de las presiones extremadamente elevadas, coincidiendo con las muy altas temperaturas, dejándonos adivinar un grandioso cataclismo celeste, cuya explicación más probable reside en el paso de un astro potente por la proximidad de un sol en vías de extinguirse, provocando en su superficie una formidable marea, que agrietando su envoltura superficial determinó gigantescas erupciones de gases incandescentes.

Esta explicación es tanto más plausible, porque la mayor parte de esas conflagraciones se producen en la Vía Láctea, es decir, en las regiones del cielo donde los astros se encuentran en mayor número.

Pero este incendio sideral no tuvo lugar en realidad en 1912. Está separado de nosotros por todo el tiempo que la luz ha te-

nido que emplear para traernos la revelación, y á pesar de su velocidad de 300.000 kilómetros por segundo ha tenido que viajar mucho antes de mostrarnos su mensaje.

En efecto, resulta de las investigaciones fotográficas especiales ejecutadas en las mejores condiciones por Frederick Sloucum, con ayuda de la gran ecuatorial del Observatorio Yerkes (Nueva York), que la paralaje de la estrella temporal de los Gemelos es de 0 segundos 0'11, ó sean 11 milésimas de segunda de arco, que corresponde á 296 años de luz.

La exaltación luminosa observada en 1912 fué provocada, pues, el año 1616, seis años después del asesinato de Enrique IV por Ravaillac y cuando Armando de Plessis de Richelieu fué nombrado ministro de Luis XIII y tomaba por sus manos la gobernación de Francia. ¡Cuántas metamorfosis en la vida de los pueblos durante el trayecto de un solo rayo luminoso!

Añadamos que un año de luz representando una extensión de 9.467.280 millones de kilómetros no puede indicar que la estrella de los Gemelos nos lleva en el espacio hasta á una distancia de 2.802.314 mil millones de kilómetros, ó sea á un alejamiento diez y ocho veces más grande que la distancia media del Sol y sesenta y nueve veces superior á la de la estrella en el Alfa de la constelación austral del Centauro.

Así, durante cerca de tres siglos, la imagen de ese drama celeste ha permanecido invisible y latente en el espacio interestelar, algo así como una imagen fotográfica queda registrada invisiblemente sobre una placa no revelada. Pero la luz nos lo ha revelado. Quizá otros seres, habitantes de mundos más próximos que nosotros del sitio de este cataclismo estelar, la hayan percibido antes que nosotros, del mismo modo que otros más lejanos lo verán más tarde.

Es esto lo que hace de la astronomía una ciencia de perpetua actualidad, estando el pasado y el porvenir simultáneamente en la escalera del espacio.

Esa conflagración ha marcado quizá el fin de un mundo, como lo anunciaban los profetas cristianos para la humanidad restringida:

«Dies irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla
Teste David cum sibila.»

Cada vez que leo algo de astronomía, de esos millares de astros, y de mundos y de distancias, me digo invariablemente:

«Quedamos, pues, en que hay un Dios que hizo todo eso tan grande, para distracción de los habitantes de este cascarón de nuez llamado planeta Tierra, al que mandó su Hijo para que nos redimiese, y...»

Y me quedo tan tranquilo y tan convencido de todo lo que cree y enseña nuestra Santa Madre Iglesia.

Y hasta encantado de ver lo imbécil que es la Humanidad.

La semana trágica en Roma

Sigue el relato de lo que hicieron los soldados del Emperador Católico

Arceidiano.—No dejaron reliquias que no saquearan, para tomar con sus sacrilegas

manos la plata y el oro con que estaban cubiertas. Que era la mayor abominación del mundo ver aquellos desuella-caras entrar en lugares donde los Obispos, los Cardenales, los Sumos Pontífices, apenas osaban entrar, y sacar aquellas cabezas y brazos de Apóstoles y de santos bienaventurados. Agora, yo no sé qué fruto puede venir á la cristiandad, de una tan abominable osadía y desacatamiento. Los alemanes, algunos echaban en los cementerios ó en camposanto; otros traían á casa del Príncipe de Orange y de otros capitanes. Y los españoles, como gente más religiosa, todos los traían á casa de Johan de Urbino. Yo mismo vi una espuerta de ellos en casa del mismo Johan de Urbina.

Lactancio.—Veamos: ¿y eso tenéis vos por más grave?

Arceidiano.—Claro está

Lactancio.—Verid acá: ¿no vale más un cuerpo vivo que cien muertos?

Arceidiano.—Sí.

Lactancio.—Luego muy más grave fué la muerte de los cuatro mil hombres que decís. que no el saco de las reliquias.

Arceidiano.—¿Por qué?

Lactancio.—Porque las reliquias son cuerpos muertos, y los hombres eran vivos; y me habéis confesado que vale más uno que ciento.

Arceidiano.—Verdad decís; pero aquellos cuerpos eran santos, y estos otros no.

Lactancio.—Tanto peor; que las ánimas de los santos no sienten el mal tratamiento que se hace á sus cuerpos, porque están ya beatificados, y estotros sí; porque muriendo en pecado, se van al infierno, y muere juntamente el ánima y el cuerpo. Mas, mirad, que no sin causa Dios ha permitido esto, por los engaños que se hacen con estas reliquias por sacar dinero de los simples; porque hallaréis muchas reliquias que os las mostrarán en dos ó tres lugares. Si vais á Dura, en Alemania, os mostrarán la cabeza de Santa Anna, madre de Nuestra Señora, y lo mismo os mostrarán en León de Francia. Claro está, que lo uno ó lo otro es mentira; si no quieren decir que Nuestra Señora tuvo dos madres ó Santa Anna dos cabezas. Y, seyendo mentira, no es gran mal que quieran engañar la gente, y tener en veneración un cuerpo muerto, que quizá es de algún ahorcado? Veamos: ¿cuál ternades por mayor inconveniente: que no se hallase el cuerpo de Santa Anna, ó que por él os hiciesen venerar el cuerpo de alguna mujer de por ahí? ¿No queríades más que el cuerpo de santa Anna, que, como dicen, está en Dura y en León, enterrasen en una sepultura, y nunca se mostrasen, que no que con el uso de ellos engañasen tanta gente?

Arceidiano.—Sí por cierto.

Lactancio.—Pues de esta manera hallaréis infinitas reliquias por el mundo; y se perdería muy poco en que no las hubiese; ¡y pluguiese á Dios que en ello se pusiese remedio! El prepucio de Nuestro Señor, yo lo he visto en Roma y en Burgos, y también en nuestra Señora de Anversa; y la cabeza de Sanct Johan Baptista, en Roma y en Amiens de Francia. Pues Apóstoles, si los quisiésemos contar (aunque no fueron sino doce, y el uno no se halla y el otro está en las Indias), más hallaremos de veinte y cuatro en diversos lugares del mundo. Los clavos de la cruz, escribe Eusebio que fueron tres y el uno echó Santa Helena, madre del emperador Constantino, en el mar Adriático para amansar la tempestad; y el otro hizo fundir en Almete para su hijo; y del otro hizo un fre-

no para su caballo; y ahora hay uno en Roma, otro en Milán, y otro en Colonia, y otro en París, y otro en León y otros infinitos. Pues de palo de la Cruz, dígoos de verdad que si todo lo que dicen que hay de ella en la cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño, pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues, leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de San Cristóbal, no tienen cuento. Y allende de la incertinidad que en esto hay, es una vergüenza muy grande de ver lo que en algunas partes dan á entender á la gente. El otro día, en un monasterio muy antiguo, me mostraron la tabla de las reliquias que tenían, y vi, entre otras cosas, que decía: «Un pedazo del torrente de Cedrón.» Pregunté si era del agua ó de las piedras de aquel arroyo lo que tenían; dijéronme que no me burlase de sus reliquias. Había otro capítulo que decía: «De la tierra donde apareció el Ángel á los pastores»; y no les osé preguntar que entendían por aquello. Si os quisiese decir otras cosas más ridículas é impías, que suelen decir que tienen, como del ala del ángel San Gabriel; como de la penitencia de la Magdalena, huelgo de la mula y del buey, de la sombra del bordón del Señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jabón de la Trinidad, y otras infinitas cosas á éstas semejantes, sería para haceros morir de risa. Solamente os diré que pocos días ha, que en una Iglesia Colegial me mostraron una costilla de San Salvador. Si hubo otro Salvador sino Jesu Cristo, y si El dejó acá alguna costilla, ó no, véanlo ellos.

Arcediano.—Eso como decís, á la verdad más es de reír que no de llorar.

Lactancio.—Tenéis razón, pero vengo á las otras cosas que siendo inciertas (y aún que sean ciertas) son tropiezos para hacer al hombre idolatrar. Y hácenoslas tener en tanta veneración, que aun en Aquisgrán hay no sé que calzas viejas, que diz que fueron de San Joseph. No las muestran sino de cinco en cinco años, y va infinita gente á verlas por una cosa divina. Y de estas cosas hacemos tanto caso, y las tenemos en tanta veneración, que si en una misma Iglesia están, de una parte, los zapatos de San Cristóbal en una custodia de oro, y de otra, el santo Sacramento, á cuya comparación todas cuantas reliquias son menos que nada, antes se va la gente á hacer oración delante de los zapatos que no ante el Sacramento, y seyendo esta muy grande impiedad, no solamente no lo reprehenden los que lo debían reprehender; pero admítienlo de buena gana, por el provecho que sacan con muy finas granjerías que tienen inventadas para ello. Veamos: ¿qué terníades por mayor inconveniente, que no hubiese reliquias en el mundo, ó que se engañase así la gente con ellas?

Arcediano.—No sé, no me quiero meter en esas honduras.

Lactancio.—¿Cómo honduras? ¿Cuál tenéis en más, el ánima de un simple ó el cuerpo de un santo?

Arcediano.—Claro está que una ánima vale mucho más.

Lactancio.—¿Pues qué razón hay que por honrar un cuerpo que dicen santo (y quizá es de algún ladrón) queráis vos poner en peligro tantas ánimas?

Arcediano.—Decís verdad, pero puédese dar bien á entender á los simples.

Lactancio.—Bien, pero muchas veces los

que lo debían dar á entender son los que no lo entienden; y allende de esto, ¿para qué queréis poner en peligro una ánima sin necesidad? Veamos: si quisiédes en esta villa ir á Nuestra Señora del Prado y no supiédes el camino, ¿no tendríades por muy grande inhumanidad si alguno os guiase por el río, con peligro de ahogaros en él, pudiendo ir más presto y más seguro por la puente?

Arcediano.—Cierto; yo estaba engañado, **Lactancio.**—Pues veis aquí. Con tanta mayor razón se puede el vulgo quejar de los que le ponen en estas y en otras semejantes supersticiones, con peligro de perder sus ánimas, que vos del que os guió por el río, con peligro de ahogaros en él; cuanto el ánima es más digna que el cuerpo.

Arcediano.—De esta manera, no querríades vos que se hiciese honra á las reliquias de los santos.

Lactancio.—Si querría, por cierto; mas esta veneración, querría que fuese con discreción, y que se hiciese á aquellas que se tuviesen por muy averiguadas, que se pudiesen en lugar muy honrado, y que no se mostrasen al pueblo, sino que le diesen á entender cómo es todo nada.

Arcediano.—¿Y las verdaderas reliquias, no querríades que estuviesen en sus custodias de plata ó de oro?

Lactancio.—No por cierto.

Arcediano.—¿Por qué?

Lactancio.—Por no dar causa á que se les hiciese otro desacato como el que se les ha hecho agora en Roma, y por no dar á entender que los santos se huelgan de poseer lo que cualquiera bueno se precia de menospreciar.

Arcediano.—Bien decís; pero ¿no véis que los santos se enojarían si les quitádes el oro y la plata en que sus huesos están encerrados, y podría ser que de enojo nos hiciesen algún mal?

Lactancio.—Antes, tengo por cierto que se holgarían que les quitasen aquel oro y plata para socorrer gente necesitada, que muchas veces se pierde por no tener que comer.

Arcediano.—Eso no entiendo, si no me lo declaráis más.

Lactancio.—Yo os lo diré. El santo que mientras vivía en este mundo y tenía necesidad de sus bienes, y los dejó, y reparó á los pobres, por amor de Jesucristo, ¿no creéis vos que holgaría de hacer otro tanto, después de muerto, cuando no los ha menester?

Arcediano.—Sí por cierto.

ALFONSO DE VALDÉS
Secretario del Emperador Carlos V

El suceso de Amorebieta

El Juzgado de Durango ha dictado auto de procesamiento contra Raimundo Alzaga, Germán Garriza, Florentino Menalva y Mario Echevarría, á quienes se supone autores de un brutal atropello de que fué víctima una muchacha joven y hermosísima en Amorebieta.

La encontraron en despoblado, la llevaron al monte, la forzaron brutalmente y la dejaron alocada: algo parecido al crimen de Durnelo, en Soria, por causa del cual fué procesado el pariente del Abad, que resultó inocente ¡claro está!

El bárbaro crimen aquel acabó con el

asesinato: éste de Bilbao acabó con la locura.

¿Eran anarquistas ó radicales los autores? Eso querían los clericales; pero no... ¿Eran católicos?... Y no de la escuela laica; sino... Lea el lector el telegrama:

Los procesados Garriza, Menalva, y Echevarría han declarado que salían aquella noche en compañía del joven millonario Raimundo Alzaga del Círculo bizcaltarra, donde habían pasado la noche encontrándose á las dos de la madrugada con Serapia Guerrica Echevarría, y que sin que mediara violencia abusaron de ella, dejándola en el bosque abandonada en la forma en que fué después descubierta; añadiendo que su compañero Alzaga no llegó á cometer personalmente el mismo abuso.

La opinión presta gran atención á este suceso escandaloso y no llega á convenirse de lo manifestado por los detenidos.

La víctima del atropello, que hasta ahora ha estado encerrada en un calabozo, ha pasado al hospital, donde, merced á las atenciones que se le prestan, se ha podido obtener fácilmente que sean más prolongados sus periodos de lucidez y menos fuerte su excitación nerviosa.

¡Qué brutos, los autores del hecho!

Me explico bien que el «millonario Alzaga» no llegase á cometer personalmente el abuso. Lo que no me explico es la intención del autor del telegrama y de los declarantes de tal declaración, al decir eso de personalmente...

En buena gramática se desprende que lo hizo de otro modo impersonal ó por tercera persona, lo cual es una barbaridad.

No, no; yo espero que en los autos el millonario saldrá limpio como el oro. Ni cometió el atropello, ni lo autorizó, ni menos lo presenció pasivamente. Los millones no consienten que esto se haga, ni que se pruebe, ni que se sospeche, ni que se diga. Sería faltar al honor de la clase...

Los vecinos de Amorebieta nos aclararán el suceso, sino quieren que en el lugar del atropello se ponga como lindero este letrero: Amor bestia.

ARTÍCULOS FIAMBRES

Respuesta

A JULIO BURELL

Gracias por sus elogios, egregio compañero: si leyera usted constantemente EL MOTIN, no le sorprendería el actual estado de mi ánimo; es el de siempre, acentuado de un año acá por las enseñanzas extraídas de la historia contemporánea al repasarla para escribir los folletos *Los Crímenes del carlismo*.

Si; yo pido el exterminio del carlismo, por creer que nada será España mientras no lo lleve á cabo. Exterminado, no nuevamente, como usted dice, pues nunca lo fué, sino por vez primera, podríamos dedicarnos tranquilos á regenerarla y enaltecerla. Hace más de sesenta años que el

carlismo es la rémora del progreso; el obstáculo para la paz. Por él no se ha logrado la libertad desarrollarse ni afirmarse; por él los gobiernos no se han atrevido a establecer sobre bases sólidas el derecho moderno.

Mientras haya carlismo será imposible nuestro desenvolvimiento político ni económico, porque habrá masas ignorantes, intransigencias feroces, persecuciones indignas, clérigos batalladores, aventureros latro-facciosos, guerras civiles prolongadas.

El carlismo dificulta todo adelanto político y social, malea el régimen parlamentario, excluye la libertad religiosa, impide que nos fortalezcamos y desarrollemos, y nos relega á la categoría de nación débil, casi inerte...

Si el carlismo fuese verdaderamente un partido de ideas, deberíamos conservarle, por no privar á España de un elemento que la animase y robusteciera; pero el carlismo sólo es una agrupación de intereses egoístas, de vanidades repugnantes, de odios irreductibles y de rutinas seculares que nos deshonoran, debilitan y empobrecen. Por esto deseo su exterminio, por esto lo pido, por esto tendría á gloria decretarlo.

¿Qué cuáles ideas opondremos á las suyas? Las nuestras; esas que usted dice que sirvieron para combatirlo del 33 al 40 y del 72 al 76; esas que, por no haber sido aplicadas aun con lealtad ni mantenidas con energía, están casi vírgenes en España.

¿Que cuáles pasiones opondremos á sus pasiones? La del odio al pasado y el amor al porvenir, enjendradoras de las santas cóleras que llevan al sacrificio.

Nada importa que las teorías y los hombres hayan claudicado: culpa de éstos es, no de las ideas: otros vendrán que las enderecen y las practiquen.

De Sagasta no hablemos. ¿Para qué? Si algún día le diese al pueblo el honrado capricho de agarrotar criminales políticos, él sería el primero en la lista por mi voto, y nunca mayor justicia se hubiera hecho. ¿Pero es que él solo ha sido quien ha llenado de podredumbre á España? No, muchos le ayudaron. Y lo más triste es que á todos nos alcanza algo de culpa. Si no fuésemos como somos ¿habría podido ser él lo que es? Sus puñaladas traperas á la libertad, antes que acto de valor suyo, parecen producto de un hábil cálculo sobre nuestra indiferencia y nuestra cobardía.....

Hace unos meses, abatido de cuerpo y más aún de espíritu, después de una noche en que desfilaron por mi memoria recuerdos tristes y esperanzas fallidas, viendo negruras en el presente y sombras en el porvenir, salí apenas alboreaba de la casa del barrio de Argüelles en que viví, en dirección á la plaza del Dca de Mayo, donde tengo la redacción.

Mis impresiones dolorosas se aumentaron al ver tres mujeres y una niña, harapientas y escualidas, entre inánimes y soñolientas, recogiendo en la esplanada del

paseo de Areneros los exiguos restos aprovechables del cock de no sé qué fábrica cercana, que diariamente los vierte allí mezclados con toda clase de basuras; hacían aquello para proparcionarse 15 ó 20 céntimos después de rebuscar cuatro ó cinco horas. «Indudablemente, pensé, la miseria no tiene redención.»

Cuando hacía sobre este desolador tema apocalípticas consideraciones, vibrante rumor de notas agudas llega á mis oídos y extraño sacudimiento me conmueve, al par que se alza ante mí vivo y potente el pasado; «fluvios de juventudorean mi frente, y todos los nobles anhelos sentidos y todos los generosos intentos malogrados invaden en tropel mi cerebro, empujados por las notas de la diana de caballería que salían alegres del próximo cuartel del Conde-Duque.

Si, era la misma; la que me despertó la primera noche que en el cuartel dormí; la que me lanzó tantas veces de manera brusca á la labor del día; la que me enseñó que hay que pedirle al esfuerzo constante la satisfacción de la necesidad diaria.

A sus ecos se animaron todas las ideas elevadas que siempre formaron mi encanto, algunas amortiguadas y silenciosas tiempo hacía. Y me vi entrando en Madrid por la puerta de San Vicente poco antes de la revolución de Septiembre ostentando los galones de cabo y soñando con trabajar sin descanso hasta alcanzar un nombre... Y surgió luego la revolución con su arremeter brioso, generosa en demasía y romántica hasta el suicidio... Y más tarde la República, más honrada que práctica. Y después la restauración.....

Y mientras yo así pensaba, la diana proseguía, rejuveneciéndome, y haciendo surgir energías apagadas y arranques estinguídos, que venían presurosos á ponerse á las órdenes de mi voluntad.

Y en medio de esto, y por saludable contraste, sentía vergüenza de mis dudas, de mis vacilaciones, y hasta me juzgaba criminal por haber pensado un instante en que todo estaba perdido, que para España no había redención, siendo así que bastaban las notas lanzadas por unos clarines para transformar en el hombre de siempre al que desconfiaba ya de sí propio, lo vela todo oscuro, y casi se arrepentía de una labor tan constante como honrada, tan dura como ajena á todo interés mezquino.

Al apagarse las últimas notas continué mi camino, animoso, robustecido, esperanzado...

Y desde entonces, cada vez que me acomete el pesimismo, me acerco muy temprano al cuartel del Conde-Duque, y aguardo con el ansia que el amante á su amada á que resuenen las primeras notas de la diana; y al oírlas de nuevo, vuelvo á sentir lo que sentí hace meses, y hago provisión de fuerzas físicas, morales é intelectuales para unos cuantos más.

Y prosigo mi obra solo, aislado, segu-

ro de que no será perdida. Y de que no lo es, pruébalo bien el que á lo mejor viene una voz amiga como la de usted á confortarme diciéndome: «leemos lo que escribes, sabemos cómo piensas, y, aunque sea para contradecirte, queremos hacer llegar á ti el eco de nuestras simpatías.».....

Dispénseme, querido amigo Burell, que al contestar á su carta haya hablado tanto de mí: ha sido para sacar esta deducción:

Si yo, lleno de experiencia y pudiendo razonar mis desengaños, renazco á nueva vida al escuchar las notas de la diana, ¿cómo no ha de resucitar el pueblo español á la palabra mágica *libertad*, que tantos sacrificios le recuerda, tantas glorias le ha dado y tantas venturas le promete? ¿Qué son ni qué valen ante lo que ella es y simboliza, las traiciones de los Sagastas mayores y menores?

Que todo el que tenga una palabra que decir la diga y una puma que mover la mueva, y esta España indiferente por las decepciones, abatida por el infortunio, arruinada por la injusticia, se sentirá conmovida y se levantará animosa al ver en alto la enseña de la libertad. Las pelladas de cieno que le han tirado sus hijos predilectos no han podido ocultar las honrosas manchas de sangre ni los gloriosos desgarrones que la adornan.

La prensa puede hacer mucho en esto; más que ninguna institución ni organismo. Cumpla esa gran misión y no dude del éxito, que alcanzará completo solamente con acertar en la proporción que se ha equivocado ahora.

Un aplauso anticipado á los que, como mi amigo Burell, tienen derecho por su talento á ir en la vanguardia del ejército redentor.

1898

El P. Miguel Mir

Y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

**“SOTANAS
CONOCIDAS”**

Semblanzas
de eclesiásticos españoles contemporáneos por
José Ferrándiz

230 PÁGS. ARTÍSTICAMENTE
IMPRESAS: DOS PESETAS

**LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS**
Una peseta.

Los peregrinos

POR
ROBERTO ROBERT

Pintad un cuadro que represente un crepúsculo vespertino, oscuro y borrasco, extendiéndose sobre una región agreste, donde se vean los frutos de los campos agostados por falta de riego y taladas las tierras á consecuencia de una guerra entre señores.

Podéis poner allí todas las señales de la devastación y el hambre: el anciano labrador llorando la pérdida de sus postreras esperanzas; el huérfano asido al agotado pecho de la madre moribunda; el suelo sembrado de lanzas y ballestas; chozas incendiadas, profanado el cementerio.

Señales de servidumbre en todas partes: la campana que atrae el rayo, la muralla que aísla, el castillo que amenaza, una cabeza humana en una jaula de hierro...

Pero pintad en el mismo cuadro al castellano reputado feroz, que recibe cristianamente en su orgullosa mansión al humilde peregrino para que se guardezca de la tormenta, y si sois artistas de colorido, habréis hecho una obra bella y piadosa á un tiempo.

El corazón devoto y no los ojos estimarán vuestro cuadro. ¿Quién se atreverá á considerar en él la barbarie, el atraso, la indolencia, la tiranía, la desgraciada suerte de la muchedumbre ni el estado de recíprocos odios en que vive la sociedad, ni el imperio de la violencia que en ella domina?

Ningún ser medianamente organizado verá en vuestra pintura horrores y lástimas; al contrario, dirán todos: ¡El señor que violenta, que esquilda, que tala y abrasa y ahorca y descuartiza, abre su casa á un peregrino? ¡Oh, qué piadoso señor, qué bellos tiempos!

..

¡Oh, qué gran recurso es un peregrino! El campeón errante de la fe; el visitante de los Santos Lugares; el que camina en compañía de la paz y la pobreza... y luego el traje talar da ancho campo para la disposición de los pliegues. Y además, las barbas. Pues que, ¿no puede campear libremente el genio de un pintor en unas barbas, de peregrino sobre todo, si ateniéndose á la tradición pictórica la pinta largas y canas?

Pues yo digo que sólo con las barbas del peregrino cualquier artista puede realizar un cuadro expresivo de piedad, y excitar hacia los pasados tiempos la admiración y el amor de los contemporáneos.

..

Tiene el conde de Montalembert un párrafo escrito de mano maestra...

Oid el párrafo, que se refiere á los monjes, y dice:

«En el desierto fué donde alcanzaron la más esplendente gloria y donde el

mundo, que apenas empezaba á ser cristiano, los proclamó enviados del cielo y triunfadores de la carne. Allí al caer la tarde, á la hora de nona, después de un día caluroso, cuando se suspendían todas las labores y en medio de los arenales, del fondo de las cavernas, de los hipogeos, de los templos paganos desiertos de sus ídolos y de todas aquellas vastas sepulturas de un pueblo muerto, subía al cielo el clamor de un pueblo vivo; cuando repentinamente resonaban por todas partes himnos y plegarias, cantos piadosos y graves, tiernos y alegres, de aquellos campeones del alma, de aquellos conquistadores del desierto, celebrando en el habla de David las alabanzas de la divinidad viviente, las acciones de gracias del alma redimida, los homenajes de la naturaleza postrada; entonces el viandante, el peregrino, y sobre todo el cristiano nuevo se detenia extático y arrobado por las melodías de aquel sublime concierto, exclamaba: ¡Aquí está, aquí está el Paraíso.» Así dice el conde de Montalembert en su tomo 1, pág. 78 de *Los Monjes de Occidente*.

Todo en ese cuadro es paz y mansedumbre, poesía y reposo; como que le da á uno medias ganas de recibir la comunión por ver si realiza esa especie de armonía que parece poner en contacto la tierra con el cielo.

..

* Noten ustedes cómo también el cuadro de Montalembert representa como el mío, la caída de la tarde, y está provisto de su correspondiente peregrino.

El autor no dice si ese peregrino lleva barbas; pero ¿qué prosaica ó rebelde imaginación será capaz de idearle lampiño ó afeitado?

El tipo del peregrino, ya se represente en el lienzo, por medio del barro, de la madera ó del estafío, requiere barbas; sobre esto la estética moderna y la tradición están de acuerdo, lo mismo que en galonear el traje de la pasiega considerada bajo el aspecto de nodriza

..

El señor conde, en el párrafo transcrito, se refiere á una época anterior al siglo vi de la Era Cristiana.

Y sin embargo, en su bella pintura, ¿quién ve al bárbaro germano, falso, polígamo, brutal, feroz, atorando en público al Dios de los cristianos y en secreto á sus divinidades antiguas, llevando la muerte, la tiranía, la esclavitud, la rapiña y el trastorno por doquiera?

Nadie.

Un monasterio, el sol poniente, gente rezando, un peregrino extasiado... ¡Oh qué rico!

¿Quién no se deleita leyendo esas cosas, en su casita, sentado en blanda butaca junto á la chimenea, al lado de sus hijos?

¡Qué lástima que en aquel tiempo los que no éramos conquistadores, no fuésemos dueños de hijos, de chimeneas, de butacas ni de casita ni de libros!

En cambio tiene razón el susodicho conde: «dígase lo que se quiera, la Edad Media no dejará de ser la Edad heroica de la sociedad cristiana.»

Y no hay que andarse con rodeos: ó la sociedad cristiana vuelve á ser heroica, volviendo á separar las razas, á despoblar las ciudades, á yermar los campos, y destruyendo todo rastro de progreso moderno, ó contétese con su miserable derecho político y sus prosaicos municipios y sus ridículos colegios electorales, sus cables eléctricos y sus vanidades satánicas.

..

Volviendo á los peregrinos, nada ciertamente más poético.

Los pueblos antiguos, bien ajenos á la verdadera fe, peregrinaban por motivos supersticiosos a lugares que creían santos, como lo verifican aún los sectarios de Mahoma, que van á la Meca en caravanas.

Pero nosotros no tenemos que hablar sino de los peregrinos y romeros que iban movidos de verdadera devoción y por diligencias tan importantes como adorar reliquias de santos y sagradas imágenes.

..

En los buenos tiempos, cuando la sociedad cristiana, ocupada solamente del cielo, no daba grande importancia á las pequeneces de las cosas terrenales, ni se envilecían los premios concediéndolos al prosaico trabajo, ni se empleaba en asegurar las vidas el celo que era necesario para salvar almas, entonces los peregrinos gozaban de grandes exenciones y privilegios.

Un carpintero, por ejemplo, era un nadie, un soguero era un canalla infame por su oficio; pero ¿qué le costaba mejorar de condición? Nada: con tirar las herramientas y chirimbolos de su oficio, ponerse una esclavina y armarse de bordón y calabaza, echaba á andar seguro de que la gente de los pueblos del tránsito le alimentarían, los monasterios le daban albergue, los puentes levadizos se bajarían ante él, y la gente de armas le respetaría.

¿Y qué! ¿Tienen los tiempos modernos algo equivalente á esa ventaja?

..

Así la Iglesia católica reputó siempre laudable y meritorio el peregrinar por el mundo; autorizaron esta práctica los concilios; celebráronla los Santos Padres.

Los que, materialistas empedernidos, quisieron que el trabajo se repartiese entre todos, trataron de ociosos y vagabundos á los peregrinos; ¿pero debemos juzgarlos nosotros con tan falso criterio? Jamás.

..

Ya el impío Jerspoám se habla opuesto á que los judíos peregrinasen al templo.

(Continuad.)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID